REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, DICIEMBRE 9 de 1933 — No. 18

Los Cinco Jinetes Rumbo al Calabozo

por
FRANCISCO ESPINOLA

Ilustración de
ARISTIDES RECHAIN

EL primer sábado de Carnaval, exactamente a la hora desde la que se permitía el disfraz, doce de la mañana, muy airosos venían los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizos hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia, conseguían que sus cabalgaduras avanzaran. A fuerza de palmeos y "¡Bah!... ¡Bah!... ¡Caballo!..."

El caballo lo formaba un arco de alambres retorcidos en forma de sección horizontal de equino, que se sujetaba con un cordón desde los hombros y pendía al nivel de la cintura. Quedaba, pues, el armatoste, por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre caía alrededor y ocultaba los alambres y sostenes. A su vez, el armazón que insinuaba las formas de caballo, sostenía una tela de arpillera que llegaba hasta el suelo, ocultando los pies. De trapos bien forrados eran el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Una crin un poco rala, pero bien tuzadita, como de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

★

Así venían, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien redomones, ariscos, que se echaban atrás y dificultaban el avance, levantando nubes de polvo. Los brazos armados de rebenques de argolla, se alzaban y abatían, punitivos. Y los caballos saltaban, locos de furia, de lado a lado del camino.

Y los jinetes también rabiaban, ya agotada la paciencia. Y a lonjazo y grito obligaban a adelantar a sus pingos, que en vano hacían por desprenderse, con saltos, de los crueles emponchados.

★

Pasaron el Camposanto, serias las caras, sombreros en mano — la cosa allí no era juguete — aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que caracolearon al llegar y sólo a fuerza de "chupadas" pacientes, cruzaron. En seguida, aflojaron riendas. Y, a un gracioso galopito, avanzaron hacia las canteras que bordeaban el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, salió la gente por ver. Y otra vez hubo que recurrir al rebenque, porque los fletes se asustaban. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecían tiesas, abajo era una cosa bárbara. Los brincos, en ocasiones, dejaban ver alpargatas y piernas. El polvo ardía en las narices.

★

En la puerta del boliche, seis o siete indios atizaban con gritos.

—¡Flor de jinetes! ¡Oibajá! ¡A que no lo voltea, voy!

Y al que marchaba adelante, parecía que ya lo iba a tirar su parejero. O peor, que el flete ya se iba a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegaba en brincos.

A los otros cuatro también los traían mal. Porque eran botes arteros, inesperados, los de aquellas bestias de cola casi dura y de completamente rígidos cogote y testa.

Nadie vió quién fué; pero lo cierto es que, de pronto, un fósforo arrojado con malhadada puntería, encendió el poncho y el arnés del que iba delante. Y mientras los otros cuatro se paraban en seco, aquél, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero, que se le caía por un costado, entre llamaradas, corrió hacia la cantera, con la cara trágica.

—¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe!...

Y se precipitó en el agua.

Del boliche salieron todos.

—¡Eso está mal! ¡Eso está mal! — protestaban, imposibilitados de apearse, los compañeros, corriendo hacia la profunda cantera, dejando lo otro también para después.

Se coronó de gente el ancho pozo. Abajo, a cinco metros, flotaba el caballero, y emergían la cabeza y el cogote de su indesprendible cabalgadura.

—¡Consigan una piola! ¡Pero mire qué cosa! — gritó con voz resonante.

—¡Si se corre más p'aquí, hace pie, don!

—¿P'ande? ¿P'allí?

—Sí.

—¡Güeno!

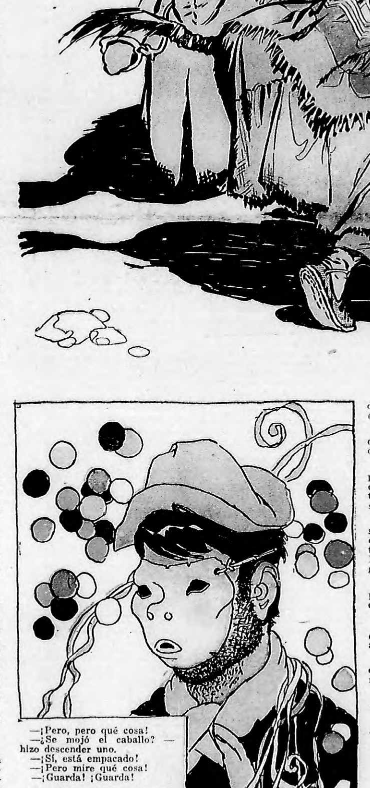
Y se corrió. E hizo pie.

—Güeno, ¿y van a buscar piola?

—¡Sí, Pantalión jué a trair la del pózoo!

—¡Pero mire qué cosa!

Sus compañeros se asomaban de lado. Acomodaban los caballos paralelamente al borde de la cantera. Y ellos, echados para el costado, sacaban la cabeza. Cuando subía un "¡Pero qué cosa!", ellos soltaban también, hacia abajo:



—¡Pero, pero qué cosa!

—¿Se mojó el caballo? — hizo descender uno.

—¡Sí, está empacado!

—¡Pero mire qué cosa!

—¡Guarda! ¡Guarda!

Eran Pantaleón y la cuerda

—¡Agárrese!... ¡Y con las patas vaya ayudándooo!...

—Sí, pero... ¡Y no ve! — salió del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estorbaba.

—¡Ladeeló p'al costao! ¡Echelé el cogote p'al costao y usté corrasé p'al otro costao!

—¿Cómo? ¿Asín?

Nadie respondió. Era que se oía el "pereré, pereré" de cascos a todo lo que daban.

—¡Viene el sargento! ¡Ahy viene Mansilla!

En efecto: ya pasaba frente al camposanto un indiazo uniformado .

Pantaleón, que había tornado la cabeza, volvió a atender al pozo porque hacían fuerza en la piola. Era que ya venían subiendo cabalgadura y jinete. Aquélla, rígidos cuello y cabeza; éste, de costado en el caballo, como si montase a lo mujer. Los dos chorreando.

—¡Ayude uno, que pesa una barbaridá por l'agua!

Y soltó la piola. Y sonó abajo un violento chapoteo.

Porque, ya cerca, el caballo del sargento se asustó de los otros caballos y se sentó en los garrones. Castigó el policía.

Clavó espuelas. Y la bestia, bufando, se hacía un arco, costalaba. Mientras al frente, los otros cuatro jinetes se arremolineaban sin saber dónde meterse. Eran brasas los ojos del caballo policial. Y por la boca le salía como una espuma.

Pantaleón, volviendo a atender la piola, gritó a los amigos del caído:

—¡Retirensén pa que si acerqu'el señor! ¡Retirensén p'atrás del montecito!

A extraño tranco desgarbado, provocando una sentada mayúscula y nuevos bufidos, los cuatro atravesaron media cuadra y se ocultaron entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llegó al borde de la cantera. En eso asomó el jinete, sin sombrero y hecho sopa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

El caballo del sargento se paró de manos. Abría la boca con horror. Revolvía los ojos.

Pantaleón se irritó.

—¡Pero retiresé, pues, hasta qui acab'e salir! ¡De no, nu acabamo ni pa mañana!

Ante lo imperioso del tono, el sargento taloneó hacia el montecito de sauces.

—¡P'ahí no! ¡P'ahí no, qu'están los otro!

Desvió el policiano. Y se apostó junto al cementerio.

—¡Pero qué cosa, amigo!

★

Ya había pisado en firme el empapado. Se escurría el agua. Y disponía el poncho en torno al armazón en cuyo medio estaba. La quemazón había sido abajo. Se le veían las piernas casi hasta las corvas.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferenciaban en voz baja, en medio del círculo que formaban los curiosos.

—Si no nos entregamo, a la larga caimos lo mismo. Y no salimo ni pa la Cuaresma.

—Sí, vamo a entregarno. Y que declaren los testigo.

★

El sargento descabalgaba en ese momento, para entregar las riendas a un pardo cuya marcha detuvo con imperio. Se acercó a pie. Le sonaba el machete.



Por eso, porque aquéllo ya se alejaba demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopló entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—Güeno, ahora tiene qui acompañarme a la comisaría.

—¡A mí, a mí que nu he faltao a naides!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pendía de sus hombros, hicieron retroceder al sargento entre grandes botes. Su caballo volvió a dar miedo con aquellos ojos y boca.

Se arremolinó la gente. Y de allá, del monte donde, ladeando sus pingos para un lado, conseguían los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surgió un clamor.

—¡Pa llevarlo a él, tienen que llevarno a nosotro!

Y salieron del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirmaba en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Fué a dar el policía otra vez al camposanto. Y desde allí, sacando el silbato, tocó llamada de auxilio.

Cada aguda pitada producía a su bestia el efecto de un espolazo. Temblaba y se arqueaba como si le sangrasen los ijares.

—Tienen que marchar a prestar reclaración, los señores.

Pantaleón, la piola de tiro, recogiéndola como lazo, se alejó corriendo al recordar que dejó el boliche solo.

Nadie había acudido a las pitadas. El sargento decidió iniciar la marcha.

—¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, cinco jinetes. Detrás, a quince metros, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le veían claritos los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchaban al tranco, no se les notaba nada. Habían perdido bríos. Nadie reconocería en éste al mismo grupo que, ratos antes, con tanta ferocidad se aproximaba al cementerio.

Ya entraban al pueblo cuando el jinete delantero, es decir: él y su animal, empezaron a caminar dificultosos, casi cojeando. Era que se les había aflojado una alpargata. De a trechos se detenían y afirmaban el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, el sargento también se detenía.

Uno de los compañeros se apareó al del engorro. Este sacó el pie hacia atrás, con la alpargata ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo, conseguía tocarla, la falta de equilibrio llevó al de la alpargata, costalando, contra una casa.

—¡Vamo! ¡Vamo! ¿Aura se van a quedar toda la tarde? ¡Si se cai, que se caiga, nomás!

Se asomaba gente a la calle. Y llamaba para que acudieran.

Un chiquillo, advirtiendo el abandono de la alpargata, corrió y la entregó al descalzo. Este la agarró abrumado, la miró y la apoyó sobre el duro cuello de trapos retorcidos de su parejero. Pero de un boliche partieron pullas. Los caballeros se enardecían. Y como de la otra vereda también los befaban, ellos daban el frente a unos y otros, mudos, con los ojos como brasas. Los armatostes seguían sus movimientos, acentuándolos. Daban la sensación de que se reanimaban; de que tornaban por sus arisqueces. Sin comprender la causa, el sargento gritó.

—¡Oh! ¿Y áura vuelven a creerse qu'están de fiesta? ¿Se crén qu'esto es chacota?

★

Maldiciendo, los arriados, sudorosos de calor y rabia bajo los ponchos, llegaron. En la puerta estaba un soldado de guardia. De estatura tan pequeña, que el más pequeño trajo policial de todo el Departamento le quedó grandísimo.

Hasta que se halló otro más chico que también le quedó deforme. Se echó atrás el casco para observar bien a los cinco. Salvo uno, los demás estaban colosales. Recordó al instante que, una vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

—¡Páselos! — gritó el sargento deteniendo su caballo a los quince metros.

Se descubrieron los jinetes y entraron bajo el suave rumor de las alpargatas. Era un corredor largo. A la izquierda estaban los calabozos. Delante de los cinco, que a su vez, inexorablemente, iban detrás de un cogote y una cabeza rígidos, el arrobado soldadote siguió hasta llegar al fondo.

—¡Qué colosales! — se decía tornando la cabeza de cuando en cuando, con encanto. — ¡Ah, si yo n'hubiera garrado el servicio!

E indicando la puerta de las caballerizas, dijo:

—Dentren.

Se asomaron los caballeros. Se asomaron apenas. Porque entre un brusco estrépito, derribándolos, derribando también al embelesado, saltaron sobre ellos tres caballos, hacia la calle, a las patadas ,despavoridos.



Un Cuento Policial:

Jervison, el Millonario que Murió de Hambre

por
RONALD KNOX

Ilustraciones de
PARPAGNOLI

MILES Bredon, el activo agente investigador, solía describirse como un empleado sin importancia; en esto estaba muy de acuerdo con su esposa Angela, pero donde él no coincidía con ella, era al no considerarse realmente como tal.

Pertenecía a la "Indescriptible", una vasta Compañía de Seguros donde sus servicios eran imprescindibles. Investigaba los negocios dudosos de sus clientes, ahorrándole a la compañía varios miles de pesos al año.

En una ocasión, Bredon aclaró un misterio mediante la observación, sin ningún conocimiento previo que pudiera indicarle alguna pista.

Es probable que no hubiera oído hablar nunca del millonario excéntrico Herbert Jervison, hasta el día en que a Herbert Jervison lo encontraron muerto en su cama.

Una hermosa mañana de verano, viajaba en el tren a Wiltshire, en compañía del Dr. Simmonds, un médico que en la "Indescriptible" era tan altamente valorado como Bredon mismo; el admirar los campos verdes, donde el rocío iba evaporándose por los rayos del sol, hubiera sido suficiente motivo de meditación, si Simmonds no hubiera estado tan empeñado en hablar del asunto.

—Usted debe haber oído hablar de él — decía —. Era un millonario raro y medio místico. Nunca tuvo ni la menor idea del modo de gastar su dinero.

Jervison estuvo mucho tiempo en Oriente, de donde volvió imbuído de todos esos misterios y secretos que hablan de Mahatmas y Yoguis. Luego se estableció en Jewbury, con cuatro hombres que él creía naturales de la India, formando con ellos lo que llamaba la "Hermandad de la Luz". De acuerdo con los libros y las enseñanzas orientales adquiridas durante su viaje, hacía toda clase de experimentos a los que dedicaba gran parte de su tiempo y de su entusiasmo. Y de pronto... murió.

—Esa es una clase de publicidad de la que todos hacemos uso, tarde o temprano. Pero, ¿para qué me han mandado buscar? Probablemente se habrá ahogado con una nuez o algo así. ¿Hay acaso sospecha de asesinato o suicidio?

—Eso es precisamente lo más extraño; murió de inanición.

—Supongo que quiere usted decir que eso es imposible; no soy médico, pero... Dígame algo más del asunto. ¿Ha visto alguna vez a ese pobre hombre? — preguntó Bredon, ya con interés.

—Sí; cuando fué a nuestra compañía a asegurarse. He pensado mucho acerca de esto: yo creía que era el hombre más fuerte de la tierra, pues usted sabe la longevidad que alcanzan los vegetarianos; tenía solamente cincuenta y tres años. Una de sus extrañas aspiraciones era la de adquirir un alto premio si llegaba a descubrir el secreto de la inmortalidad... lo que constituiría una fortuna permanente para la compañía. Y después de esto, se deja morir, olvidándose de todas sus fantásticas teorías. Yo creo que me dejaría morir de hambre antes que comer lo que para él constituía su alimentación diaria; hasta ahí llegaba su misticismo.

—¿Y estaba realmente bien?

—No sé; sus nervios sufrían bastante después de cada prueba. Usted sabe que nosotros, para verificar si la persona que solicita una póliza padece de los nervios, la llevamos al último piso de nuestro edificio; generalmente a los nerviosos les da vértigo. Y Jervison lo era y en grado bastante avanzado.

—¡Y ahora muere de inanición...! ¡Qué cosa más rara! ¿Qué más sabe de todo eso?

—Lo que sucedió realmente fué esto: se encerró durante diez días en la habitación que llamaba su laboratorio. Yo no lo he visto, pero según me han dicho, es un viejo gimnasio, o una cancha de pelota. No tenía ello nada de extraño, puesto que acostumbraba a encerrarse a menudo para llevar a cabo sus experimentos; quedaba bajo llave y no quería que nadie lo molestase bajo ningún motivo. Probablemente pensaba que su cuerpo astral erraba por el Tibet.

Pero... y esto es lo más raro, tenía alimentos suficientes para quince días, según he oído. Y al final de los diez días, se lo encontró muerto en su cama. El médico local que ha estado trabajando en lugares donde se producía en abundancia la muerte por hambre, dice que es el caso más claro de deceso por inanición que ha encontrado en su vida.

—¿Y la comida? — preguntó Bredon.

—Estaba intacta. Pero... estamos ya en Westbury, donde nos espera un coche. No le dije al Dr. Mayhew que traía conmigo un amigo; ¿cómo le explicaré su presencia?

—Dígale que soy el representante de la Compañía; eso siempre los satisface. ¡Ah! Aquí está un negro esperándonos.

—Será el chauffeur... No, gracias, no traemos equipaje. Buenos días. ¿Es usted de Jewbury? Me llamo Simmonds; espero que al Dr. Mayhew lo veré pronto. ¿Está afuera? Bien. Vamos, Bredon.

El Dr. Mayhew era un hombre pequeño, de cara redonda y hospitalario en extremo. Se veía en seguida que era uno de esos médicos de campaña que sufren de soledad y pueden apenas examinar a sus enfermos ansiosos de ser los primeros en anunciar las nuevas. Saludó efusivamente a Simmonds y después de cambiar algunas palabras acerca de la tragedia, dijo:

—Encantado de que haya venido su amigo. No porque esté ansioso de tener una segunda opinión. De diez certificados de defunción que se firman, nueve son hechos sin saber exactamente la causa de la muerte; pero acerca de este pobre hombre no hay ninguna duda. Yo he tenido oportunidad de ver a menudo casos muy semejantes, y espero, señor... ah, sí, Bredon, no equivocarme. Si usted quiere, puede ver el cadáver. Pero antes podríamos ir a casa a tomar algo; ¿irían? Muy bien. Han insistido en preparar su cuerpo de un modo especial, poniéndolo de manera que sus pies den a Jericó, supongo, o algo por el estilo. Espero que esos negros desaparecerán después de esto, agregó, levantando la voz para que oyera el conductor; en estos alrededores no los quieren.

—Ellos son los más beneficiados por la muerte de Jervison, porque el seguro estaba a favor de la "Hermandad".

—¿Y su compañía paga, no, señor Bredon? — dijo el pequeño doctor —. ¿Porque no pertenecería yo a la "Hermandad"? Me habrían tocado varios miles.

—Bien — explicó Bredon —. Estamos aquí para averiguar si se trata de un suicidio; en ese caso, ellos no pueden disponer de un solo centavo.

—Vamos al lugar donde han sucedido esas cosas tan extrañas. *Es una casa rara, colocada* en lo alto de una montaña; era antes de un hombre de gran fortuna, llamado Rosenbach, quien la arregló y decoró como un verdadero palacio. Lo que se ve de aquí es el techo del ala derecha. Pero luego quebró y fué vendida por una insignificancia a un joven llamado Enstone, que la convirtió en una confortable escuela preparatoria. Pero nunca pudo hacerla prosperar, por un motivo o por otro, y pasó entonces a manos de Jervison. Bien, ya estamos. ¿Querría usted, señor Bredon, pasear por los jardines, mientras nosotros vamos a inspeccionar adentro, o prefiere entrar también?

—No, prefiero ir a la pieza donde se encontró el cadáver; quisiera tener la oportunidad de hablar con uno de los hindúes.

El que había conducido el coche (en quien Bredon descubrió una pequeña y casi imperceptible nerviosidad) usaba un traje oscuro, común; pero los otros representantes de la comunidad estaban cubiertos con flotantes vestiduras blancas, turbantes haciendo juego y una cantidad de emblemas cabalísticos.

El chauffeur era alto y robusto; su gesto era impasible aunque prestaba una constante atención. Nada parecía perturbarlo, pero nada se le escapaba. Y cuando hablaba, su decidida entonación americana desmentía su apariencia exterior.

La cancha de pelota estaba a una considerable distancia del cuerpo principal de la casa, talvez a quinientos metros. Allí se dirigieron Bredon y el hindú. Entraron directamente en un enorme salón de forma alargada que recordaba la grandeza de una catedral por su extensión y su silencio.

El piso estaba cubierto por linoleum rojo, por lo que los pasos no producían ruido alguno; el único eco era el de la voz.



La luz entraba por una claraboya que había en el centro del techo; se abría para que el aire penetrara, ventilando así lo que el millonario llamaba su laboratorio.

Quedaban todavía restos de lo que en otro tiempo había sido un gimnasio; colgaban del techo varias argollas de hierro y aquí y allá había aparatos de toda índole, que parecían exigir la presencia de la juventud.

Se veía claramente que el millonario no había tratado en lo más mínimo de amueblar este salón; usaría el lugar para aislarse completamente de sus parientes, impidiendo las paredes gruesísimas la llegada de ningún ruido que pudiera perturbarlo, y la puerta con llave, cualquier intrusión.

Bredon se preguntaba si Jervison no se sentiría más seguro durmiendo allí, que bajo el mismo techo con sus dudosos "protegidos".

Dos muebles atrajeron poderosamente su atención: una cama situada en el mismo centro de la habitación. Una cama con ruedas, como las de los hospitales, las cuales habían dejado las huellas de su paso en el linoleum. Su ropa estaba en una horrible confusión, como si su ocupante ,en vez de permanecer en ella por su propia voluntad, hubiera querido alejarse, desligarse de alguna atadura invisible; y en un rincón, cerca de la puerta, estaba el aparador, lleno de comida vegetariana. Pan, un panal de miel en una fuente de vidrio, una caja de dátiles, algunos bizcochos y como lo había pensado Simmonds, unas cuantas nueces. No había allí precisamente los elementos necesarios para poder comer satisfactoriamente; pero no podía decirse tampoco que fuera posible morirse de hambre.

Bredon examinó todo cuidadosamente; mordió un pedazo de pan y pudo darse cuenta de su dureza, por lo que dedujo que tenía varios días. Probó la leche que había en una jarra y como lo había supuesto, estaba agria.

—¿El señor Jervison tomaba siempre la leche amarga? — preguntó al hombre que lo acompañaba y seguía con gran interés sus movimientos.

—No, señor — fué la respuesta —. Yo mismo traje esa leche, la noche en que vimos vivo al "profeta" por última vez. Era leche fresca, recién traída.

La caja de dátiles, aunque abierta, contenía todas las frutas que cabían en ella; la miel estaba recubierta por una capa de polvo. El plato donde estaban los bizcochos no tenía ni una migaja, como sucede siempre que se parten.

—Quisiera hacerle algunas preguntas, si es que puedo — dijo Bredon, dándose vuelta hacia el nativo:

Mi compañía quiere saber si el señor Jervison falleció por alguna desgracia o si él mismo se quitó la vida. ¿Tendría inconve*niente en ayudarme?*

—Le diré todo lo que usted quiera saber; estoy seguro que hablo con una persona justa.

—Entonces, dígame... ¿dormía aquí a menudo Jervison? ¿Y porqué quiso dormir esa noche, precisamente esa noche en que ustedes lo vieron por última vez?

—Nunca lo había hecho antes, pero ese día estaba ensayando un experimento dificilísimo; estas cosas no se comprenden aquí en el Occidente. Iba a tomar una droga de efecto narcótico preparada por él mismo, que permitiría a su alma librarse del cuerpo. Como hubiera sido muy peligroso interrumpirlo mientras su alma había salido de él, quiso pasar la noche aquí, por lo que trajimos esta cama de la casa. Todo esto lo encontrará usted escrito en su diario; tenía especial cuidado en escribir todo lo que hacía, porque si algún peligro lo alcanzaba mientras realizaba el experimento, quería que quedara constancia de que nosotros éramos inocentes de su muerte. Si usted quiere, le mostraré su diario.

—¿Tomó una droga... esa primera noche? ¿No cree usted que una dosis excesiva puede haber sido la causa de su fallecimiento?

El hindú sonrió levemente y se elevó de hombros.

—Pero el doctor nos dijo que había muerto por inanición; que había dejado de comer hasta que murió... Su amigo es médico también y le dirá lo mismo. Le diré lo que yo pienso: el profeta ayunaba muy seguido, especialmente cuando quería libertar a su alma. Yo creo que cuando despertó de su sueño, tuvo alguna revelación que le hizo desear profundizar esos misterios. Entonces ayunó, solamente que esta vez prolongó demasiado su ayuno. Tal vez haya perdido el conocimiento y al despertar se haya encontrado muy débil para alcanzar los alimentos o pedir auxilio. Y nosotros esperábamos en la casa, estudiando, mientras el profeta moría aquí... *Era fatal;* tenía que suceder así.

A Bredon le interesaba mucho menos el aspecto teológico del asunto, que el legal. ¿Puede llamarse a la muerte de un hombre que no quiere morir, un suicidio? De cualquier modo, esto sería para los abogados. Gracias — dijo —. Esperaré a mi amigo aquí.

El hindú se inclinó y lo dejó solo, sintiendo hacia él cierta aversión, por lo menos así lo sospechó Bredon. Pero se había propuesto hacer un examen más prolijo, hasta averiguar algo... no sabía todavía qué. La cerradura de la puerta... no, no parecía haber sido forzada. ¿Las paredes? Tampoco; no podría haber puertas secretas en un gimnasio. ¿Las ventanas? No, excepto esa claraboya... El hombre había estado solo durante diez días, no había probado la comida y no había hecho ningún esfuerzo para alcanzarla. Había un block de anotaciones con un lápiz atado a él, no lejos de la cama; esto podría indicar, según suponía Bredon, que el millonario habría querido escribir algo al despertar de su sueño, pero no había quedado ningún mensaje.

¿Podría ser locura? ¿O el hindú habría adivinado? ¡¿O podría ser posible... uno oye tantas cosas misteriosas acerca de esos poderes ocultos de los orientales; hubiera sido posible que esos cuatro adeptos hubieran llegado al interior de la habitación, sin haber entrado en ella?

Y Bredon notó algo en el piso que atrajo toda su atención, haciéndole olvidar completamente sus absurdas divagaciones; cuando Simmonds volvió con el pequeño doctor, lo encontraron de rodillas en el suelo, al lado mismo de la cama. Cuando volvió el rostro, pudieron ver los que acababan de llegar, la expresión grave y seria; sus ojos denotaban que el triunfo estaba cercano.

—¡Cuánto tiempo han tardado! — dijo en tono de reproche —. He hecho un descubrimiento; aquí hay un crimen. ¡Mire aquí! Y diciendo esto, señaló las marcas que habían dejado en el linoleum las ruedas de la cama.

—¿Ve usted esas marcas? Bien; no corresponden al lugar en que se encuentra ahora la cama. Está a dos pulgadas de distancia. Y eso significa que han intervenido manos criminales, aunque parezca raro. No niego que haya sido un crimen ingenioso. Me pregunto, doctor Mayhew... ¿Cuando su amigo Enstone vendió la casa, lo hizo con todos los muebles y objetos de valor que había en ella? Las cosas de este gimnasio, por ejemplo?

—Vendió todo, todo; necesitaba mucho dinero y no le quedaba otra solución. ¿Está pensando en darnos clase de gimnasia? Porque yo sugeriría que tomáramos algo antes.

—Pensaba solamente que me gustaría ver todo lo que quedó en este gimnasio cuando fué comprado por Jervison, después como usted dijo, comer algo.

Entonces empezaron a examinar los objetos, uno por uno; había en un rincón un caballo mecánico, las barras paralelas estaban todavía brillantes del roce de tantas manos jóvenes.

Una escala horizontal doblada en tres, colgaba de un ángulo del salón. Hacia la derecha, el piso estaba materialmente cubierto de cordeles y anillas. Bredon tomó una soga y la llevó a la luz para observarla.

—Vea usted, este cordel ha sido raspado. Los muchachos no gastan las sogas cuando suben por ellas, porque usan zapatos especiales. Además se ve que la raspadura es completamente fresca, de un día o dos a lo sumo. Si, no cabe ninguna duda de que ellos lo hicieron y creo que lo mejor que podríamos hacer, sería avisar a la policía.

—Me da fastidio el confesarlo, Bredon — dijo Simmons — pero no veo todavía claro lo que usted ha descubierto. ¿Cómo pudieron esos hombres asesinar al millonario estando aquí encerrado? Vd. no puede hacerlo morir de hambre, a menos que lo tenga entre cuatro paredes sin ningún alimento.

—En eso está usted equivocado, — objetó Bredon. — Hay muchas maneras de hacerlo. Pueden envenenar la comida y hacérselo saber; eso no ha pasado aquí porque yo he probado la leche y aquí estoy. Además, yo creo que un hombre que se siente morir, correría el riesgo de probar los alimentos con la esperanza de que *no estuvieran* realmenteenvenenados, ya que de todos modos moriría. Pueden hipnotizarlo y persuadirlo de que no hay cerca suyo nada para comer; pero esto es sólo una teoría pues usted no habrá oído jamás que se haya cometido un crimen de ese modo. No; los hindúes tenían su plan perfectamente organizado para asesinar al pobre Jervison.

—¿Quiere usted decir, entonces que lo dejaron morir de hambre en alguna otra parte y luego trajeron aquí su cadáver?

—Justamente. Hubiera sido mucho más simple asesinarlo aquí dentro y traer luego la comida para hacer pasar su muerte como la causa de un ayuno deliberado. Pero para eso era necesario poder entrar. No sabría decirme, doctor Mayhew ¿quién encontró el cadáver? ¿Y *qué dificultad* tenían para entrar al gimnasio?

—Que la puerta estaba con llave, la que Jervison llevaba siempre consigo. Tuvimos que sacar la cerradura, interviniendo luego la policía. Pero... los hindúes me llamaron en el mismo momento en que sospecharon que algo había sucedido.

—¿Si? Ahora, eso es muy instructivo; eso nos demuestra cómo siempre que los criminales piensan hasta en los detalles que al parecer no tienen ninguna importancia. Usted o yo, en el caso de que un amigo se encerrara bajo llave y no apareciera por espacio de diez días, gritaría llamándolo a través del agujero de la llave y si no respondiera, mandaría por un cerrajero. Pero estos caballeros llamaron a un médico y a la policía al mismo tiempo, porque sabían de antemano que necesitarían de ambos; por lo menos así no se sospecharía de ellos.

—Querido Bredon, casi estoy creyendo de que en realidad se trata de un crimen; en ese caso los criminales han sido inteligentísimos. A mi parecer era el caso más claro de suicidio; un lunático que quiso morir.

—No, no. ¿No vió usted un anotador y un lápiz al lado de la cama? Ahora, ¿qué hombre se resistiría a escribir algo si *tuviera* papel a su alcance, especialmente si supiera que iba a morir de hambre o asesinado?

Y esto lo hubiera hecho con más razón si en realidad hubiera estado haciendo realmente un experimento extraordinario; habría dejado algún último mensaje. ¿Y qué me dice de la ropa de cama? Nadie, loco o normal quiere descender de la cama de esa manera — continuaba Bredon.

—Bien, díganos todo acerca del crimen, si es que lo cree conveniente. Estará usted loco, o lo estaré yo, pero no veo razón para impedir al doctor Mayhew que satisfaga su estómago que desde hace rato lo necesita.

—Bien, la síntesis del asunto es simple. Jervison había traído esos pícaros de alguna parte de América, pues lo que menos tienen es sangre hindú; son, por otra parte, tan místicos como usted y como yo. Sabían que era rico y quisieron hacerlo desaparecer para obtener mucho dinero. Empezaron a pensar en la manera más conveniente de eliminarlo, sin despertar sospechas. Todos ellos habrán alentado al "profeta" como le llaman, en la realización de esos extraordinarios experimentos, convenciéndolo de los efectos mágicos de un narcótico común; probablemente fueron ellos los que le sugirieron su retiro al gimnasio, donde podría estar tranquilo, e insistieron en colocar la cama en el medio del cuarto diciéndole que debía recibir la luz de la luna para facilitar los resultados, o alguna tontera por el estilo. ¿Es natural y lógico acaso, que una persona desee dormir en una cama colocada en el centro de la habitación? No, todos dormimos cerca de una pared; porqué no lo sé, pero es así.

—¿Y entonces?

—Esa noche ellos esperaron a que la droga hubiera producido todo su efecto y ya bien entrada la noche, pudieron ver lo que le sucedía al pobre Jervison sin que nadie se diera cuenta. Con la ayuda de esta escalera horizontal o talvez con un cordel, treparon los cuatro hombres al techo, llevando cada uno una cuerda... las cuatro cuerdas que en otro tiempo debieron colgar de esos cuatro agujeros del techo. Llevaron consigo unos ganchos de hierro, los que ataron a una extremidad de las sogas respectivas; a través de la claraboya pudieron ver perfectamente al pobre hombre, profundamente dormido, y abriéndola, dejaron caer los ganchos a través de la ventana. Luego con mucha cautela los engancharon en cada una de las ruedas de la cama. Lentamente, con mucho cuidado tiraron de las cuerdas mientras Jervison dormía tranquilamente bajo la influencia de la droga, soñando tal vez que obtenía una victoria al verse libre su alma que ascendía, del cuerpo que quedaba abajo. Cuando se despertó, colgaba del techo, a una altura de cuarenta pies del suelo, y todavía en su cama. Como la altura era considerable, no tuvo ánimo para saltar y allí permaneció durante una semana. Si sus gritos pidiendo auxilio llegaban al exterior, eran oídos solamente por esos cuatro hombres despiadados, sus asesinos. Talvez un hombre valiente y arriesgado hubiera saltado prefiriendo terminar su vida así y no de ese modo desesperante. Pero según usted mismo me lo dijo, Simmonds era un cobarde tratándose de alturas, y por eso no saltó.

—¿Y si lo hubiera hecho?

—Lo hubiéramos encontrado muerto, pues no hubiera resistido al golpe; y esos falsos hindúes nos hubieran dicho, con la gravedad con que hablan siempre, que el "profeta" estaría haciendo algún experimento de levitación, o algo así.

Cuando estuvo todo hecho y el millonario muerto, volvieron otra noche, bajaron la cama del mismo modo en que la habían levantado y arrojaron por la claraboya los cordeles que usaron para tal fin. Solamente que, como era lo más posible, las ruedas quedaron a una distancia de dos pulgadas del lugar donde estaban en un principio, por lo que empecé a sospechar esta inaudita maquinación. Jervison era un loco, pero me rebela sólo el pensar la forma en que lo han hecho morir, esos cuatro canallas; pero haré lo posible para que los cuelguen y paguen con su propia vida el crimen cometido.



TODOS los números CRITICA REVISTA MULTICOLOR publicará un cuento policial. Lea el próximo sábado el caso de la sospechosa conexión de tres misteriosos suicidios, en un relato de ambiente argentino que firma Victor Juan Guillot.



CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, Diciembre 9 de 1933

CAMINO DE BUENOS AIRES, por Demetrio Zadan

ILUSTRACION DE RECHAIN

A la última noche de pogrom sucedió la primera madrugada de hambre. Lo recuerdo perfectamente bien.

El invierno de 1921 dejaba sobre la nieve las huellas del último pogrom que hubieron de soportar los judíos de aquella pequeña franja de tierra ukraniana, que se llamaba Humañ.

Pero sobre la nieve de aquel invierno debieron plantarse también las huellas indelebles del hambre. Nunca me olvidaré de aquellas interminables colas de hambrientos que se formaban ante las puertas, de lo que antes de la revolución fuera el Teatro Municipal. Y no las olvidaré porque durante largos días y largas noches soportaba la nieve en los pies y en el alma.

Quien iba conmigo siempre a la espera de aquellos frustrados mendrugos, era mi abuela. La misma que tembló con nosotros de miedo las noches de pogrom. La misma que una mañana entró a casa para decirnos que tía Jona había muerto de hambre en sus brazos, sin una lágrima en los ojos.

Aquella abuela era mucho más fuerte que todos nosotros. Mucho más fuerte que Dascha. Mucho más fuerte que Motia, que desesperado de hambre, huyó una tarde de casa, sin que hasta ahora hayamos sabido de su destino.

Aquella abuela, muerta ya, vencida por los años, pero no por los sufrimientos, porque ella los vencía todos, el hambre, el frío, la desesperada angustia de ver morir a su hija de hambre, sin poder alcanzarle un mendrugo, la falta de noticias de Motia, quien a pesar de esperar con confianza, daba muchas veces por muerto. La parálisis de mi padre, inmóvil sobre su lecho como un muerto. Y la prematura angustia de Zaichik, y la mía, que nos pasábamos los días y las noches en un continuo temblar de miedo.

¿Pueden los sufrimientos vencer a una mujer que lo ha soportado todo con una entereza de hombre? No. No la han vencido los padecimientos. La han vencido simplemente los años. Los mismos años que la trajeron al mundo, se la llevaron.

Sobre la nieve se desliza el trineo. Y sobre el trineo mi angustia de partir sin rumbo cierto.

Voy a América. Pero decir América, en mi imaginación azotada *por el hambre y el frío, es no saber hacia adonde ir.*

Y cuando subo al vagón de carga que ha de alejarme de los míos, es cuando ya desborda el llanto. Amargo como los días de hambre pasados y próximos. Como la incertidumbre de vivir.

Soy un niño perdido en la nieve y en la t risteza. Que vaija arrastrado por convoy lento y pesado, como mi destino mismo. Y de itinerario igualmente misterioso.

Voy hacia América. Un rincón de la tierra que está mucho más lejos de mi imaginación. Mucho más lejos. Sobre un vagón impregnado de noche, colmado de frío y duro como una jornada de hambre.

Mientras las ruedas giran con desgano sobre el ondulado riel que cruza las estepas, mientras los demás pasajeros, acurrucados contra su cansancio, duermen, o tratan de conciliar el sueño, yo lloro.

¿Qué otra cosa se puede hacer cuando se siente miedo y la seguridad de no volver a ver más a aquellos que uno deja, sólo por el estúpido laconismo de un telegrama que tiene la fuerza de lanzarlo a uno al espacio sin destino y sin objeto?...

¡Llorar!...

En invierno todos los países del mundo son iguales. Así lo parecían al menos a mis ojos que lo veían todo cubierto de nieve. Y es que yo no sabía de paisajes. Ni de ninguna de esas bellezas naturales que describen las geografías. Yo sólo sabía, y era porque así lo estaba viendo, que durante el invierno todo estaba cubierto de nieve y nada más.

Así pasó Europa ante mis ojos en mi travesía rumbo a América. Una enorme llanura cubierta de nieve. Y con hombres tiritando de frío.

Rusia, Polonia, Alemania, Holanda... Y mis once años que no comprenden nada. Que no distinguen nada. Que no se emocionan ante la impresionante blancura de la nieve que cubre el mundo, por estar acostumbrado a verla. Y a soportarla durante todos esos años de vida que tenía.

Sobre toda Euorpa se extendía esa enorme manta blanca. Y sobre ella se arrastraba un convoy. Un convoy que marchaba como si también él estuviese extenuado de hambre y tiritando de frío. Un convoy que me llevaba a América, una estación de tren cualquiera en mi imaginación, que no sospechaba aún la existencia de un gran océano.

Cuando la noche es noche auténtica, y la luna parece reírse de las desgracias ajenas, yo duermo mecido por la canción de hierro que nos arrulla a través de toda la estepa:

—Traca-traca-traca-traca-traca-traca-traca...

Amsterdam. Una ciudad cruzada de ríos y de alegría. Y un gran puerto de cuyo color no entiendo. Ni percibo. Ni gusto. Pero sí temo.

El comienzo del mar que luego ha de ensancharse amenazándolo a uno continuamente con tragárselo. Hasta que uno toca puerto, para volver a intimidarlo con la furia de sus noches de tormenta que no se apiadan de los hombres que navegan sin rumbo y sin esperanzas de llegar.

Ah, el mar. Nunca olvidaré la permanente obsesión de naufragio en que he vivido durante la travesía de este bendito Atlántico.

Amsterdam. Punto inicial de aquel itinerario trazado por el corazón de los lobos para utilidad de los que sobre la inmensidad del océano, no se sienten ni siquiera ovejas.

En los fondos de aquellas bodegas del Zeelandia, los guinches bajaban enormes fardos de cosas. Y bajaban hombres. Pero no con guinches. Bajaban solos. Como perros acorralados en medio de sus desgracias. Pasajeros de tercera. De esos que en los barcos alimentan a bazofia. De esos que huelen mal porque no se les da ocasión de lavarse en medio de tanta agua que amenaza con tragarnos a todos en un baño trágico y final. De esos que viajan al azar. Sin rumbo. A la deriva. Impulsados por las olas de treinta mares y la nostalgia de mil puertos. De esos que prueban fortuna en todos los rincones de la tierra. De esos que fracasan en toda la tierra, porque es el fracaso la estrella que alumbró su entrada al mundo.

Honestos trabajadores en busca de fértiles tierras que labrar. Honestas mujeres en viaje hacia América donde hay tanto deseo que aplacar a tanto el rato. Reputados fulleros que se han cansado de desplumar a los hombres de su pueblo, se dirigen ahora hacia América en busca de "horizontes nuevos". Honorables rufianes en desgracia, en viaje de placer o de guardia de la presa que lleva la bordo para el azotado sexo de América.

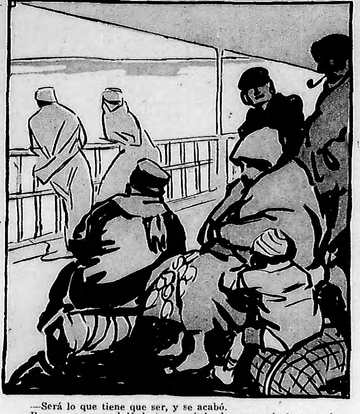
Hay, hubo y habrá de todo en las bodegas de tercera. En cuya maloliente profundidad cabe la ilusión de una fortuna amasada con sudor o la premeditación de un crimen terrible. Hasta inocencia hubo en aquel foso de barco. Porque en él viajaba yo, que aun era niño y no comprendía nada de nada.

Fardos, hombres, niños, rufianes, canallas, prostitutas, campesinos, obreros y artistas.

Todo eso llevan y traen las bodegas de tercera. Impregnadas de mal olor. Que apestan a vida, porque apestan a sudor; rocío del esfuerzo, que cubre la frente de los hombres al anochecer, cuando ya caen exhaustos de cansancio, de dolor y de hambre.

Se es fatalista por comodidad. Y también por impotencia. Recuerdo que cuando el barco hubo entrado a lo que yo sé ahora que es el Canal de la Mancha, y que en aquel entonces creí que era el fin del mundo, levanté los ojos al cielo y dije:





—Será lo que tiene que ser, y se acabó.

Pero no por eso dejé de tener miedo durante toda la travesía. No por ello me abandonó por un solo instante la obsesión de que iba a morir ahogado. Ni por eso cesaron mis vómitos después de cada comida. Ni dejaba de darme vueltas la cabeza, cada vez que la marea hacía jugar al barco una especie de cabeceo que yo ya creía final.

Pero hubo días en que el Zeelandia se deslizaba sobre el agua como sobre un paño de billar. Y eran los días en que el sol nos quemaba desde lo alto, desde el mismo Cenit, y nosotros nos tirábamos sobre la cubierta, bajo un toldo y cara al cielo.

Ah, aquella familia de pasajeros de tercera. Recuerdo, y lo comprendo recién ahora, había una gran solidaridad de hambre y de sueño entre aquellos ocasionales camaradas de bodega.

Había lo que puede llamarse una auténtica conciencia de clase. Una conciencia de tercera. Que no han podido destruir ni los vómitos, ni la pestilencia humana, ni el permanente miedo al naufragio.

Una conciencia consolidada por el común anhelo de llegar a tierra y dejar de una buena vez atrás, todos los puertos del mundo y no volver a embarcarse nunca más.

Y yo también tuve una amistad de barco. Una amistad que me sirvió de madre en aquella triste travesía de mar. Una amistad que me servía de paño de lágrimas cada vez que la noche me sorprendía llorando.

Porque yo lloraba muchas veces porque sí. Por una violenta e imperiosa necesidad de llanto que sienten todos los niños que son desgraciados prematuramente.

Yo necesitaba llorar. Y cuando vencía al miedo, lloraba de nostalgia. O de felicidad.

Pero lloraba.

Cuando por la noche los hombres se juntaban sobre la cubierta para entonar una canción a coro, que lanzaban al mar y a las tinieblas, ella me sentaba sobre sus rodillas y me preguntaba sobre mi vida. Entre besos y golosinas.

!Ah, qué buena era aquella mujer que nunca más volví a ver en mi vida! Una pregunta, un beso. Un beso y una pregunta. Y así durante todo el viaje. Durante todo el viaje...

Recuerdo que nuestra amistad empezó así:

Una tarde, mientras jugaba con otros niños a bordo, me caí.

Apoyada contra la balaustrada, Yenia se henchía de aire y dejaba que el viento jugara con su vestido. Quizás recordase. Quizás pensara en algo triste. O evocase tiempos en que la felicidad era una ilusión y una realidad. No sé.

Lo cierto es que yo me caí y ella acudió a recogerme del suelo y a secarme la sangre que manaba de la herida que me hice en la frente. Desde ese día no nos separamos nunca más. Nunca más.

—¿Cómo te llamas?

—Mitia.

—¿Con quién viajas, con tu mamita?

—No, solo.

—¿Qué dices?...

—*Sí, señora; viajo solo. Allá en América me espera mi mamá.*

—¿Pero, ¿solo, solito, sin nadie que te acompañe?

—No.

—Bueno, Mitia, desde hoy en adelante viajaremos juntos, ¿eh?...

—Bueno, señora.

—No, señora, no. Llámame Yenia.

Y Yenia no me descuidó un solo instante más. Me lavaba la ropa, me contaba cuentos, me compraba dulces, y me besaba. Sobre todo eso, me besaba mucho. Y me secaba las lágrimas.

Y es que Yenia también vaijaba sola. A bordo no se daba con nadie. Cumplía con las reglas de lo cortesía y de cordialidad lo suficientemente como para no hacerse odiar por los compañeros de viaje, y nada más.

Yo era el único testigo de su insobornable tristeza. El único que, sentado sobre sus rodillas y acurrucado contra su pecho, la ha visto llorar cuando los recuerdos le anudaban la garganta y le cubrían los ojos de lágrimas.

Hasta que llegamos a Buenos Aires.

Mientras arrimaba el barco, pañuelos blancos se agitaban desde tierra.

A cada hombre de a bordo le correspondía uno de aquellos saludos enviados desde la capa de cemento que recubría el piso del desembarcadero. A mí me saludaba mi madre, que esperaba ansiosa que bajara. A los tahures los saludaba algún "fiel" camarada dispuesto a servirle de guía; a los trabajadores los saludaba desde abajo alguna mano callosa ,agitando algún trapo rebosante de color. Y a Yenia... ¿quién saludaba a Yenia entre aquella multitud que agitaba las manos en alto como en ,una plegaria de negros?...

. . . .

Una tarde, tomado de la mano de mi madre, caminaba yo por la calle Corrientes al 800. Entre los transeúntes que parecían ir y venir por la misma vereda, como sin rumbo, distinguí a Yenia y quise lanzarme a su encuentro para abrazarla.

Mi madre apretó la mano que retuvo más fuerte la mía:

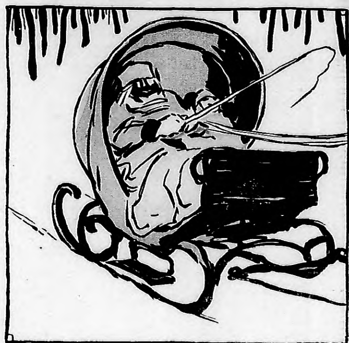
—¿Adónde quieres ir?...

—A saludar a aquella señora...

—¿Estás loco?...

Y me arrastró con violencia hacia la otra vereda, sin que comprendiera por qué.

Ahora sé que aquella mi amistad de barco, que Yenia, la que me ha ofrecido los besos más dulces que haya recibido en mi vida, la que me hizo paladear el placer de la tristeza sobre su regazo, muelle como su desgracia, hacía el doloroso itinerario del "Camino a Buenos Aires".....



Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks







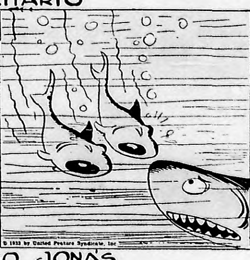


EL PESCADOR SOLITARIO

II









MODERNO Y LOBREGO JONAS









II

SALVADO DE LAS AGUAS









Los Artistas de Cine Olvidados

por

Alberto J. Lanús

ILUSTRACION DE GUIDA



PREDOMINABAN las heroínas pequeñas, hadas diminutas que lo mismo podían salir del cuenco de una flor, como del fondo le una galera de felpa. Imperaba el canon de los contrastes. Hombres rudos, de hercúleas dimensiones, seleccionados para realizar con eficacia el plan de la obra, basada regularmente en la fuerza del protagonista y en la debilidad de la joven que debía secundarlo. D[illegible]cuerdo con ese programa, el [illegible] debía alzar, por lo menos [illegible]vez en el transcurso de la [illegible]ila, a la seductora heroína [illegible]razos y vencer a sus rivales [illegible]prueba de puñetazos y ejerci[illegible]s acrobáticos.

¿Quién no recuerda en esta alusión a George Walsh, el impulsivo enamorado, buen guiñador de ojos, magistral sonrisa en una boca de dientes anchos y perfectos? "Así es la vida", "Todo un barbian" y "A puñetaso limpio", expresaban con [illegible]titud esos propósitos de má[illegible] atracción. Y a su lado, [illegible] Farnun, Bryant Wash[illegible] Crane Wilburg, Kenneth [illegible], Antonio Moreno, Wil[illegible] Russell, Kellard Ralph y [illegible]os del mismo temple e idén[illegible]a complexión. De todos ellos, George Walsh era, sin disputa, el más popular. Fué una especie de precursor de los saltimbanquis de la escena yanqui que después alcanzaron un rango más elevado con la representación de Douglas Fairbanks.

Los secundaban en ese género cinámico con fondos de romanticismo ejemplar, preciosidades del tipo de Walda Petite, June Caprice, Sybil Carmen, Jane Eagels, Florence Deshon, Molly Mallone, Muriel Martín, Jewel Carmen, May Allison, Vivian Martin, Viola Dana, Maryllin Miller, Jeanette Hansen, Luisa Lovely, Paulina Starke, Jean Sothern, Diana Allan, menudas rubias de una pureza y de un preciosismo, que los jovencitos de entonces sabíamos paladear con fruicción en el intencionado remirar de sus fugitivos encantos.

Y es que un atractivo singular poseían estas películas intemporales, de una grosería republicana, tejidas en un cañamazo de aventuras y de sucesos peligrosos, todo lo cual formaba un sello indeleble para nuestras jóvenes retinas.

Al más corto de los mozalbetes de aquellos días, la breve estatura de Viola Dana o de Vivian Martin, podía inspirarle un romance similar al que sus ojos contemplaban, siendo él mismo el héroe de la trapisonda. Porque eran tan menudas y felinas las amadas de los protagonistas que para ser galán no necesitaba empinarse con el fin de anidar en su boca.

¡Qué divina desnudez la de Betty Compson, arrojada a la calle por un padre brutal! ¡Qué infantil e inocente aparecía Luisa Huff, la graciosa y sutil muchachita que acampaba en los brazos incansables y atenazadores de Jack Pickford!

De ese montoncito salado, — grajea viva y pecaminosa del cine — destacaba su monería incitante Mary Miles Minter, especie ideal de jovencita que servía de modelo a nuestras hermanas y novias, Mary Miles Minter — había que llamarla con nombre y apellidos — era la hermana menor de Mary Pickford en ingenuidad y emoción. Tenía su público aparte. Llenaba ella sola una sala con su mimosa impulsividad. Había nacido para tener 16 años y jamás las crónicas de la época hacían hincapié en sus cumpleaños, como para no aguar una fiesta de ilusión. Tal vez por ser la eterna adolescente, un día dejó de mostrarse. Se retiró a tiempo para no decepcionar los ojos admirativos de sus millones de enamorados.

Blanche Switt y Bessie Love, que figuraron en muchas películas con pretensiones dramáticas, no dejaron en mí una sola huella. Eran secas y desabridas. Rostros endurecidos acaso por un prematuro fracaso. Lo mismo podría decir de Lois Wilson, una morena apetitosa, sin arte ni parte y la misma Alice Joyce, que por única belleza ostentaba un par de ojos de penitente.

Dejaron surco, en cambio, Shirley Mason y Enid Bennet, dos imágenes de encarnaciones demoniacas, que por una temporada encalabrinaron a sus entusiastas habitués. Ana Q. Niillson, una armoniosa y blonda estrella que, si no descolló en la acción interpretativa, ocupó un lugar honroso entre las más bellas seductoras artistas de la pantalla. Susana Grandais, francesita espiritual y romántica, feliz conjunción de todo lo íntimamente fragante que puede brindar en la feminidad de sus mujeres el alma de Francia. Irene Vernon Castle, la famosa bailarina luminar, acaso de un music-hall de renombre, apagó sus escintilaciones en el escándalo de un proceso sensacional. Margarita Fisher brilló ante mis ojos en un papel de colegiala traviesa, como bien quisieron hacerlo igual las protagonistas de "Internado de Señoritas". Eran dos diablos en una mujer. Audaz, desenvuelta, con una naturalidad tan fiel, que pocas veces se da en el cine, natural mente, hecho a base de imitaciones y de no siempre depurados clichés.

Por esos días, apareció en escena, como una novedad en la vida de los estudios norteamericanos, prestos siempre a captar las ondas de la simpatía en los países de Hispanoamérica, una artista cubana, Gloria Argilagos, del tipo de las mexicanas Dolores del Río y Lupe Velez, pero con mucha menor gracia y plasticidad.

¿Y Seena Owen? Muy pocos serán los que recuerden a esta consorte de George Walsh, bella de joven, pero de una tiesura y una pasividad desconcertante cuando llegó a la madurez. Nada nuevo trajo a la pantalla Seena, como no fuera la popularidad de su cónyuge, al que jamás logró eclipsar.



¿Y la leyenda acuciadora que se lanzó en torno a Carmel Myers? De pura raza judía — decían las crónicas—esta joven que puede considerarse una beldad de las orillas del Jordán, ha sido trasplantada a los estudios cinematográficos de los Estados Unidos, donde en poco tiempo alcanzó un prestigio no superado. En efecto, Carmel Myers, lo mismo en los papeles de ingenua, como en los de cortesana, conquistó firmemente al público. Era una imperial mujer, tersa y firme como una escultura, ojos de samaritana, de un mirar soslayado y apicarado, nariz espatulosa, pero de una línea aristocrática y armoniosa, boca sedienta y agresiva. Un cuello conventual de apasionada y un ritmo de grandeza in-crescendo que abatía a su lado toda otra feminidad. ¡Qué imponente belleza la de Carmel Myers! Todos los que la contemplábamos, salíamos enamorados de su ondulante personalidad. Carmel pasó de los papeles de muchachita vergonzante a los de alta y conspicua vampiresa. No hace mucho, en "Svengali" aparecía en uno de estos nimios papeles, luciendo todavía la encarnadura de su extraordinaria seducción, frente a John Barrymore.

Cuando se asomó a la pantalla la graciosa y mesurada pirueta de Lillian Gish, escuché comentarios desfavorables a su actuación. Yo siempre creí ver en élla a una gran actriz, que renovaba las maravillosas niñerías de Mary Pickford, dándoles si cabe, mayor infantilidad. Desconcertaba su timidez. Conmovía su ingenuidad, mucho más psicológica que la superficial de Mary. Era una figura más transparente, más de otro mundo. No incurría jamás en una grosería, ni echaba mano a recursos desnaturalizados. Era fina en todo. Fina y segura como una intuición genial. Recordemos a "Romola", a "La Monjita", para conservar de ella dos memorables pruebas de su capacidad artística.

¿Y aquella estupenda mujer que era Corinne Griffith? ¿Qué se hizo de esa revoltosa que si no ocupó un lugar más alto no fué por carencia de sensibilidad, sino por haberse prodigado demasiado en películas de escasa vitalidad? ¿Y qué se hizo de Mary Turman, fortaleza de amor que en vano los galanes osaban atacar? ¿Y de Billie Burke, una minúscula escultura rubia, musical y apacible que inspiraba idilios de otras edades y de otras culturas? ¿Y de Dorothy Dalton, que marcó el record de la difusión durante todo un año, con sus producciones sucesivas y simultáneas, como si quisiera enseñorearse de la voluntad de admiración de nuestro público? ¿Y Ruth Clifford, claro oscuro de selva en la blanca noche de la ciudad? Y también Olive Thomas, con su mirar cándido, pero efusivo... Y tras éllas, nombres amontonados, anodinos, inadvertidos bajo la balumba de películas que no dejan rastros: Miryam Cooper, Jet Stanley, Ruth Roland, Ana Pennigton, Catalina Clifford, Chrisie White, Eleonor Peggy, Agnes Ayres, Lillian Walker, Betty Carpenter, Helene Chadwick, Jane Novack, Edith Roberts... y Wanda Hawley, cuyo parecido con Jean Harlow era extraordinario.

Entre las figuras de destacado brillo, se movían algunos valores masculinos de indiscutible mérito.

En primer término, William Farnum, el actor fuerte y tranquilo, de rostro rotundo y sonrisa bonachona que desarmaba a sus enemigos con solo mostrarles la blancura de sus dientes de mastín. No era — en la época de que hablamos —, un jovenzuelo, a la manera de los que hoy nos brinda el cinematógrafo en el papel de protagonistas. Ya pasaba, posiblemente los cuarenta. Pero se adaptaba tan admirablemente a la juvenil decisión de los héroes, que en escena era el primero por su apostura, por su arrogancia y por la distinción de su gesto, siempre mesurado y preciso.

Decían también que Milton Sills era un formidable actor. Me ha convencido, ciertamente, en algunos papeles rudos, de marcada tendencia farwestiana. Pero solo impresionó vivamente en "Historia de dos Ciudades", la vogorosa obra de Dickens. No dejó, sin embargo, en mí las enseñanzas de aquel veterano de la escena que se llama William Farnum.

Hablemos también del japonés Sessue Hayakawa. Este actor, pese a su físico, a sus ojos inverosímiles y a la palidez de momia de sus facciones, logró una excelente colocación en el consenso femenino. Como actor dramático no era más que un japonés, pero de los argumentos sabía sacar el suficiente provecho como para dejar en el ánimo una leve zurrapa de amargura que encadenaba a su nombre.

Owen Moore... Pocos lo recordarán. Fué el primer esposo de Mary Pickford. Cuando apareció su nombre en las carteleras, nadie le conocía. Bastó citar a la consorte triunfadora, para que todo el mundo acudiera a ver al afortunado usufructuador de aquella celebridad. Fué un chasco mayúsculo. Oficiaba de gracioso, con su físico escasamente agradable y unas ínfimas dotes de actor. Era rústico y pesado. Dos películas bastaron para relegarlo al olvido.

Charles Cleary qué bellos papeles hacía, sobrios, claros, intensos en detalles de una silenciosa elocuencia. Era ese eterno segundón eficaz que hace muchos años viene desempeñando Lewis Stone, con singular éxito. Pero Cleary era más elegante, más apuesto, más señorial y más diverso también. Stone es el mismo en todas las películas. Cleary tenía un seño trágico que no lo posee ninguno de los actores contemporáneos de igual categoría.

Dos nombres aún, para retornar de nuevo al género opuesto: Jack Mulhall y Charles Ray fueron, entre el montón de galanes, dos de los más discretos y conscientes. Especialmente el último se consagró en las caracterizaciones de mozo tímido, como uno de los mejor dotados en este difícil género. En los postreros tiempos de su actuación, Charles Ray pasaba por un ameno bufo.

Tay vez entre los que esto lean habrá alguno que se acuerde de Wallace Mac Donald, L. K. Lincoln, John Fisher, Rupert Julian, Alan Hale, George Forth, Francis Carpenter, Richar Tucker, Earle Williams, Carlyle Blackwell, Jorge Chesbro, Warren Koock y cien más.

Volvamos ahora a lo que yo creo — muy posiblemente engañado por un enamoramiento sin perspectivas — lo más grande del cine mudo y que precisamente dejé para postre, a fin de paladearlo mejor.

Quiero referirme a Norma Talmadge, nombre que me libré muy bien de deslizar en mi crónica, para evitar posibles mezclas, y que algún lector, naturalmente, debe ya echar muy de menos.

Norma Talmadge ha sido para mí una revelación desde la primera película. Se llamaba "Panthea" y tenía como escenario la truculenta conmoción social del imperio de los zares. Panthea era una hija del pueblo que se salvaba del infierno blanco de la estepa, gracias a la intervención de un oficial de la guardia de Corps del autócrata Romanoff. Su desempeño fué tan conmovedor, tan convincente, que los gestos de aquella tarde — gestos de horror y de angustia —, quedaron fulgurando en mi retina.

Localizada así en mi gusto, Norma Talmadge constituyó mi más duradera y respetuosa admiración. Me atraían cada vez más sus producciones, no obstante compartir sus papeles con un actor de tan restringidos méritos como Eugenio O'Brien, el rubio insípido de los ojos blancos, que parecía estar continuamente masticando chickles.

Tal vez por una sugestión eufónica, el nombre de Norma, que a cada paso me recordaba mi ópera preferida, retempló mi entusiasmo. Día a día me parecía más grande, aun cuando ni el público, ni la crítica levantaran un palmo del suelo su popularidad. Fuí leal hasta que su nombre desapareció de los programas. Su arte vive aún patentizado a través de películas tan dispares en valores dramáticos como "El secreto de Tess", "Luxe Anna" y "El espíritu de ayer". Esta última fué para mí uno de los acontecimientos íntimos más inolvidables. Señalaba una superación que en vano trataría en estos momentos de calificar en su verdadera magnitud.

De paso y por asociación de apellidos, quiero evocar así mismo, la figura de Constance y de Natalia Talmadge. La primera, más conocida de nuestro público que la segunda. Constance fué también una de las más graciosas y entretenidas damitas del cine, muy superior, sin duda, a los postizos valores que ahora nos someten.

Alejándose de la Tierra

LOS alrededores de nuestro planeta, según los últimos descubrimientos

NOS movemos, como raros animales marinos, al fondo de un inmenso océano atmosférico que pesa sobre nuestras cabezas por una altura de trescientos kilómetros cuando menos. La altura, o mejor dicho la profundidad de los mares que cubren la superficie terrestre no alcanza a diez kilómetros. Que la altura del océano atmosférico sobre nuestras cabezas sea más o menos de trescientos kilómetros, se deduce del hecho que varias estrellas fugaces (que como se sabe, se encienden solamente al tropezar a una atmósfera durante sus fugas de vertiginosa velocidad a través de los espacios interplanetarios) fueron vistas encenderse a esa altura. Y así como conocemos la composición de las aguas del mar, sabemos también la de este océano atmosférico: azoe, oxígeno, ácido carbónico, helio, argon, neon, hidrógeno, esos últimos cinco en pequeñas proporciones, y los dos primeros, como es sabido, en grandes, siendo solamente el azoe como las cuatro quintas partes del total.

Esa delgada envoltura (delgada, pues ¿qué son 300 kilómetros sobre 12.742 kilómetros, que es el diámetro del globo terrestre?) es conocida por el hombre que vive al fondo de ella, solamente en pequeña parte. Por lo pronto, las mayores alturas, como el monte Everest, no llegan a nueve kilómetros. Más arriba, en la región de los cirrus, navegan globos y aeroplanos, no llegando estos últimos ahora más que a 14 kilómetros, que es el record de altura alcanzado por aviones; el de globos, como sabemos por la reciente hazaña soviética, es de diez y nueve kilómetros.

Más arriba no ha llegado el hombre; llegaron si, las vanguardias enviadas por él, o sea, los globos sonda conteniendo, a falta de hombres, instrumentos registradores, pero aun con eso no se ganó sino una altura de una treintena de kilómetros. Más arriba, a cincuenta kilómetros, se extiende un extraño cielorraso invisible: es la capa atmosférica que refleja hacia la Tierra las ondas radioeléctricas, en las horas de día; en cambio, de noche, esa misma reflexión tiene lugar a altura muy superior, casi a noventa kilómetros. A sesenta kilómetros de altura está la zona de formación del ozono, a ochenta kilómetros está la zona atravesada aún por los rayos solares cuando ya es de noche completa abajo, en la superficie de la tierra, es decir, cuando el Sol ha descendido debajo del horizonte hasta diez y ocho grados (crepúsculo astronómico). Más arriba de los cien kilómetros entramos en la zona donde se encienden las auroras polares, esos maravillosos derroches de pirotécnia de la naturaleza.

Entre el fin de nuestra atmósfera y el astro más cercano, la Luna, median como 380.000 kilómetros. Más lejos de la Luna no son, como se cree generalmente, Venus y Marte los astros que más se acercan a la Tierra, sino unos asteroides, que es el nombre que se da a los pequeños planetas. Hasta hace poco el más cercano de los asteroides conocidos era Eros; ahora se conoce otro más cercano todavía, y se está estudiándolo. De los grandes planetas, el más próximo a la Tierra es Venus, Marte viene después, y el tercero, en orden de proximidad, es Mercurio. Todos esos planetas, Mercurio, Venus, Tierra, Marte, están relativamente a tan poca distancia que se pueden considerar como los suburbios de la enorme ciudad que se llama el Sol. Sin que nos demos cuenta, nos hallamos, en relación a los otros planetas, a tan poca distancia del Sol como las mariposas que se ven dar vuelta, alrededor de la lámpara. Y para formarnos una idea exacta de lo que es un sistema solar, de lo que son los tamaños y las distancias relativas de los planetas, vamos a describir el sistema solar de que formamos parte.

Imaginemos hallarnos en una gran plaza, de la misma extensión que tiene la ciudad de Buenos Aires.

En el centro de la plaza una gran bola de más de un metro de diámetro representará al sol.

En comparación de ese gran globo, el planeta más cerca del sol, Mercurio, será nada más que una arveja colocada a 45 metros 35 centímetros de distancia del globo central.

A la distancia de 84 metros, una cereza: es Venus, el fulgurante planeta que tantos comentarios suscita en la actualidad.

Otra cereza a la distancia de 117 metros del sol: es la Tierra.

Un garbanzo, a 178 metros 61 centímetros de distancia del sol, es Marte.

Una naranja, a 609 metros 7 centímetros del sol, es Júpiter.

Un durazno a un kilómetro 120 metros de distancia del sol: es Saturno, con su anillo.

Una bola del tamaño más o menos de un huevo, colocado a dos kilómetros 252 metros del centro: es Urano.

Otra bola un poquito más gruesa, a tres kilómetros 529 metros del centro: es Neptuno.

Por fin, una cereza, colocada a una distancia de cinco kilómetros: es Pluton, el planeta ultraneptuniano tan buscado por luengos años y que acaba de descubrirse: es por ahora el último, el extremo centinela que guarda la frontera de nuestra provincia célebre y cierra el sistema solar.

Unos granos de munición y de arena representarán a los satélites y asteroides: unos pequeños cohetes atravesando el conjunto serán los cometas

Las dimensiones exactas, siempre en la misma escala, de este sistema solar de diez kilómetros de extensión, vienen a ser: el Sol, un metro 9 centímetros; Mercurio, nada más que 0.37 centímetros de diámetro; Venus, centímetros: 0.99; la Tierra, un centímetro; Marte, centímetros 0.54; Júpiter, centímetros 11.10; Saturno, centímetros 9.4; Urano, centímetros 4; Neptuno, centímetros 4.30 y finalmente Pluton: un centímetro de diámetro. Más o menos como la Tierra. Téngase presente, que esa distancia que le hemos dado a Pluton, de cinco kilómetros, representa en la realidad a una distancia de 6.578.000.000 kilómetros que separa Pluton del Sol.

Después, una distancia enorme separa nuestro grupo, nuestro sistema solar, de los otros. Imaginemos nuestro Sol (que no es sino una de las tantas estrellas del cielo) como un punto luminoso colocado a distancia de nosotros de un metro no más; entonces la estrella más próxima a nosotros, el sol más próximo, deberá hallarse a una distancia de 230.000 veces mayor que nuestro Sol: esa distancia será 230.000 metros, o sea 230 kilómetros en comparación de un metro. La estrella más próxima ya no es la Alfa del Centauro. En la misma región del cielo se halló otra estrella más próxima todavía, y se le puso el nombre de Próxima.

Ahora la famosa Alfa del Centauro ha pasado al segundo puesto: siguiendo la ficción que acabamos de exponer, esa del Sol a un metro, la Alfa del Centauro viene a quedar a 280.000 metros, o sea a 280 kilómetros de distancia. Sirio estaría a 540.000 metros, o 540 kilómetros, a pesar de que parezca más cerca de todos por su gran brillo, el rojo sol Aldebaran queda a 3.438.000 metros, o sea a 3.438 kilómetros; cuando el Sol nos queda solamente a un metro de distancia.

E imagínese después lo que serán las distancias de las otras estrellas, hasta alcanzar los límites de la Vía Lactea, y lo que será la distancia de las otras Vías Lacteas que se vislumbran en remotos rincones del espacio, y cada una de las cuales es un universo. Los universos —islas— forman un archipiélago ¿y cuántos archipiélagos de esos habrá en el océano sin fin de los espacios?

Pero lo que más asombra al espíritu filofósico, no son las distancias de lo infinitamente grande, sino las del infinitamente pequeño; parece que no haya límite alguno a nuestro avance, y que siempre se descubren nuevos horizontes, ya hacia arriba en los universos, ya hacia abajo en los átomos.

POR **SAGITARIO**

Ilustración de Sarazábal



El Candombe

UN día se produjo un milagro.

Debió ser con motivo de alguna "solemne" fiesta, de aquellas en que los cascarudos de la colonia desarrugaban sus mejores trapos y se los calzaban, sacando a lucir sus blasones en los fundillos y en las rodillas, diseñados allá en su terruño por la habilidad de los sastres moriscos, verdaderos artistas en remiendos; heráldica que más tarde la crónica generosa, colgó sobre las puertas de esos sepulturales refugios moruros de barro, piedra y teja, que caracterizó la arquitectura colonial.

El caso fué, que cada "noble señor", se largó a la calle con toda su negrada, parte integrante de sus pergaminos y pública demostración de su feudo, que la prosapia aquella cotizaba su valer por el de sus negros. Corte y mesnada, fortuna, predio y súbditos, estaban representados por los esclavos, y eso "regodeaba en grado sumo" al moro-godo y al moro-lusitano, que comediaban torvamente de "señores de horca y cuchillo" remedando a sus amos de "allende el océano". Cada colono se sentía un autócrata moro con un pueblo negro, y esa manía es la que fabricó tanto "documento", tanto protocolo, tantas "leyes" y "ordenanzas" de "majestades" problemáticas, para gobiernos irrisorios en pueblos ilusorios, todo lo cual delata la ignorancia petulante de aquellos sujetos.

Y mientras los amos se reunían en solemne función religiosa, dando gracias a Dios por el fausto "acaecimiento" y cabildeaban después con impagable gravedad, los negros se congregaban al aire libre (que en otra forma no podía ser), por primera vez en gran número y con tanta liberalidad.

Han debido observarse unos a otros con recelo. ¿No sería alguna emboscada sugerida por la imaginación diabólica de aquellos "nobles hidalgos", maestros en la falacia y en la crueldad, para tener un motivo (muy lógico en la época) de ostentar gesto justiciero propinando azotes por lujo?

Los negros más ancianos han hablado, asegurando a sus hermanos que era cierta la orden de reunirse y alegrarse como mejor les pareciese; que sus ahora cariñosos amos les permitían divertirse en ese día sin miedo a retos ni a castigos.

La alegría de verse reunidos subía en estrépito a medida que se intimaba, comiendo golosinas y aplacando la sed con algún inofensivo brebaje, cosas todas de su propia elaboración, y sin las cuales aquel inusitado lunch habría dado la impresión de un mercado de esclavos.

De repente un negro viejo da un alarido acompañado de un salto, y queda inmóvil, de pie, encogido el cuerpo, suspenso en otro salto interrumpido, dando la grotesca silueta de una sorpresa fotográfica; con la mirada brillante y una sonrisa que semeja un dolor, observa indeciso a sus hermanos, como si los consultara sobre su insospechado desplante.

Un profundo silencio se ha producido de improviso en aquel rumoroso hormiguero negro; todos fijan su vista con ansiedad en el que ha gritado. Después de esta sugerente expectativa, éste repite el alarido y se entrega a una serie de saltos acompasados, girando sobre sí mismo, levantando las piernas alternativamente, cual si estuviese sobre un suelo pegajoso del que le costase desprender los pies, al compás monótono de un canto quejumbroso silabeado en lengua extraña.

En todas las caras blanquean los dientes y los ojos en señal de intensa alegría; en la de los jóvenes con una mezcla de indecible curiosidad. Otros negros se apresuran a acercarse al que está bailando, algunos van marcando con sus piernas igual compás hasta llegar a él; en pocos instantes lo rodea un círculo en el que sin orden de colocación son muchos los que bailan y cantan en la misma forma y tono del primer oficiante, quien continúa su extraña danza sin haberse detenido un segundo. Por el contrario, al notar que ha sido interpretado ha redoblado sus fuerzas, pues su voz y sus pataleos sirven de guía en ese momento.

Algo ha pasado por el alma de aquellos hombres; íntimo entusiasmo los ha transfigurado. Si aquella no es la libertad, el instinto les dice que se ha de parecer y ha de ser muy hermosa.

La danza adquiere proporciones no previstas; paulatinamente el grupo de danzantes se ha ordenado, forman un gran círculo de hombres y mujeres; en el centro varios ancianos modulan con voz clara y firme la triste cantinela que da el ritmo y es repetida invariablemente por los demás.

Ahora producen la ilusión de seres endemoniados que se retuercen y vociferan, cual si de lo alto les cayera algún líquido hirviente sobre la piel. La actitud dice del hombre salvaje de las selvas africanas, en su ceremonial de contorsiones en rededor de la sagrada pira de su culto; los dislocamientos de la fiera hacen cambiantes con las genuflexiones del idólatra. Algo hay allí, en medio de la rueda de los hombres negros, algo que sólo ellos ven, sienten y comprenden.

¡La canción de la cuna, la danza de la raza!

No saben cómo ha sido. No saben si antes de ese instante las hubieran recordado si les hubiesen hablado de ellas.

Han venido de muy lejos. Traen sonrisas de la temprana edad en que fueron aprendidas; traen recuerdos del suelo, de la choza, del sol!...

¡La danza de la raza!... que es la voz del terrón nativo, que es la bandera en sílabas armónicas.

Algo hay allí, en medio de la rueda de los hombres negros, y es la patria!... Unos instantes de libertad la han evocado, y ella ha acudido solícita a fortalecer los quebrantados espíritus de la grey, que olvidada de sí misma ha revivido la tribu en una de sus más típicas expresiones... y en presto homenaje, con la mirada dilatada y los labios palpitantes, con una sonrisa que semeja una mueca, danza en torno de la visión.

Ni un momento decayó el compás martillante de las pocas palabras de un extraño idioma ya olvidado, porfiadamente repetidas, con las que sostienen y empujaban su danza.

Así, tan dulce, la inocente y curiosa escena en que emplearon su providencial asueto.

Así debió producirse el primer candombe en el Río de la Plata.

Por **VICENTE ROSSI**

ILUSTRACION DE GUEVARA



HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA

El Incivil Maestro de Ceremonias Kotsuké no Suké

★

El infame de este capítulo es el incivil maestro de ceremonias Kotsuké no Suké, aciago funcionario que motivó la degradación y la muerte del señor de la Torre de Ako y no se quiso eliminar como un caballero cuando la apropiada venganza lo conminó. Es hombre que merece la gratitud de todos los hombres, porque despertó preciosas lealtades y fué la negra y necesaria ocasión de una empresa inmortal. Un centenar de novelas, de monografías, de tesis doctorales y de óperas, conmemoran el hecho —para no hablar de las efusiones en porcelana, en lápislázuli veteado y en laca. Hasta el versátil celuloide lo sirve, ya que la Historia Doctrinal de los Cuarenta y siete Capitanes —tal es su nombre— es la más repetida inspiración del cinematógrafo japonés. La minuciosa gloria que esas ardientes atenciones afirman, es algo más que justificable: es inmediatamente justa para cualquiera.

Sigo la relación de A. B. Mitford, que omite las continuas distracciones que obra el color local y prefiere atender al movimiento del glorioso episodio. Esa buena falta de "orientalismo" deja sospechar que se trata de una versión directa del japonés.

La cinta desatada

En la desvanecida primavera de 1702, el ilustre señor de la Torre de Ako tuvo que recibir y agasajar a un enviado imperial. Dos mil trescientos años de cortesía (algunos mitológicos), habían complicado angustiosamente el ceremonial de la recepción. El enviado representaba al emperador, pero a manera de alusión o de símbolo: matiz que no era menos improcedente recargar que atenuar. Para impedir errores harto fácilmente fatales, un funcionario de la corte de Yedo lo precedía, en calidad de maestro de ceremonias. Lejos de la comodidad cortesana y condenado a una *villégiature* montaraz, que debió parecerle un destierro, Kira Kotsuké no Suké impartía, sin gracia, las instrucciones. A veces dilataba hasta la insolencia el tono magistral. Su discípulo, el señor de la Torre, procuraba disimular esas burlas. No sabía replicar y la disciplina le vedaba toda violencia. Una mañana, sin embargo, la cinta del zapato del maestro se desató y éste le pidió que la atara. El caballero lo hizo con humildad, pero con indignación interior. El incivil maestro de ceremonias le dijo que, en verdad, era incorregible, y que sólo un patán era capaz de frangollar un nudo tan torpe. El señor de la Torre sacó la espada y le tiró un hachazo. El otro huyó, apenas rubricada la frente por un hilo tenue de sangre... Días después dictaminaba el tribunal militar contra el heridor y lo condenaba al suicidio. En el patio central de la Torre de Ako elevaron una tarima de fieltro rojo y en ella se mostró el condenado y le entregaron un puñal de oro y piedras y confesó públicamente su culpa y se fué desnudando hasta la cintura, y se abrió el vientre, con las dos heridas rituales, y murió como un *samurai*, y los espectadores más alejados no vieron sangre porque el fieltro era rojo. Un hombre, encanecido y cuidadoso, lo decapitó con la espada: el consejero Kuranosuké, su padrino.

El simulador de la infamia

La Torre de Takuri no Kami fué confiscada; sus capitanes desbandados; su familia arruinada y obscurecida, su nombre vinculado a la execración. Un rumor quiere que la idéntica noche que se mató, cuarenta y siete de sus capitanes deliberaran en la cumbre de un monte y planearan, con toda precisión, lo que se produjo un año más tarde. Lo cierto es que debieron proceder entre justificadas demoras y que alguno de sus concilios tuvo lugar, no en la cumbre difícil de una montaña, sino en una capilla en un bosque, mediocre pabellón de madera blanca, sin otro adorno que la caja rectangular que contiene un espejo. Apetecían la venganza, y la venganza debió parecerles inalcanzable.

Kira Kotsuké no Suké, el odiado maestro de ceremonias, había fortificado su casa y una nube de arqueros y de esgrimistas custodiaba su palanquín. Contaba con espías incorruptibles, puntuales y secretos. A ninguno celaban y vigilaban como al presunto capitán de los vengadores: Kuranosuké, el consejero. Este lo advirtió por azar y fundó su proyecto vindicatorio sobre ese dato.

Se mudó a Kioto, ciudad insuperada en todo el imperio por el color de sus otoños. Se dejó arrebatar por los lupanares, por las casas de juego y por las tabernas. A pesar de sus canas, se codeó con rameras y con poetas, y, aún, con gente peor. Una vez lo expulsaron de una taberna y amaneció dormido en el umbral, con la cabeza revolcada en un vómito.

Un hombre de Satsuma lo conoció, y dijo con tristeza y con ira: *¿No es éste, por ventura, aquel consejero de Asano Takuri no Kami, que lo ayudó a morir y que en vez de vengar a su señor se entrega a los deleites y a la vergüenza? ¡Oh, tú, indigno del nombre de Samurai!*

Le pisó la cara dormida y se la escupió. Cuando los espías denunciaron este suceso, Kotsuké no Suké sintió un gran alivio.

Los hechos no pararon ahí. El consejero despidió a su mujer y al menor de sus hijos, y compró una querida en un lupanar, famosa infamia que alegró el corazón y relajó la temerosa prudencia del enemigo. Este acabó por despachar la mitad de sus guardias.

Una de las noches atroces del invierno de 1703 los cuarenta y siete capitanes se dieron cita en un desmantelado jardín de los alrededores de Yedo, cerca de un puente y de la fábrica de barajas. Iban con las banderas de su señor.

La cicatriz

Dos bandas atacaron el palacio de Kira Kotsuké no suké. El consejero comandó la primera, que atacó la puerta del frente; la segunda, su hijo mayor, que estaba por cumplir dieciséis años y que murió esa noche. La historia sabe los diversos momentos de esa pesadilla tan lúcida: el descenso arriesgado y pendular por las escaleras de cuerda, el tambor del ataque, la precipitación de los defensores, los arqueros apostados en la azotea, el directo destino de las flechas hacia los órganos vitales del hombre, las porcelanas infamadas de sangre, la muerte ardiente, que después es glacial; los impudores y desórdenes de la muerte. Nueve capitanes murieron; los defensores no eran menos valientes, y no se quisieron rendir. Poco después de media noche toda resistencia cesó.

Kira Kotsuké no Suké, razón ignominiosa de esas lealtades, no aparecía. Lo buscaron por todos los rincones de ese conmovido palacio y ya desesperaban de encontrarlo cuando el consejero notó que las sábanas de su lecho estaban aún tibias. Volvieron a buscar y descubrieron una estrecha ventana, disimulada por un espejo de bronce. Abajo, desde un patiecito sombrío, los miraba un hombre de blanco. Una espada temblorosa estaba en su diestra. Cuando bajaron, el hombre se entregó sin pelear. Le rayaba la frente una cicatriz: viejo dibujo del acero de Takuri no Kami.

Entonces, los sangrientos capitanes se arrodillaron a los pies del aborrecido y le dijeron que eran los oficiales del señor de la Torre, de cuya perdición y cuyo fin él era culpable, y le rogaron que se suicidara, como un *samurai* debe hacerlo.

En vano propusieron ese decoro a su ánimo servil. Era varón inaccesible al honor; a la madrugada tuvieron que degollarlo.

[illegible]

Ya satisfecha su venganza, (pero sin ira, y sin agitación, y sin lástima), los capitanes se dirigen al templo que guarda las reliquias de su señor.

En un caldero llevan la increíble cabeza de Kira Kotsuké no Suké y se turnan para cuidarla. Atraviesan los campos y las provincias, a la luz sincera del día. Los hombres los bendicen y lloran. El príncipe de Sendai los quiere hospedar, pero responden que hace casi dos años que los aguarda su señor. Llegan al obscuro sepulcro y ofrendan la cabeza del enemigo.

La Suprema Corte emite su fallo. Es el que esperan: se les otorga el privilegio de suicidarse. Todos lo cumplen, algunos con ardiente serenidad, y reposan al lado de su señor. Hombres y niños vienen a rezar al sepulcro de esos hombres tan fieles.

El hombre de Satsuma

Entre los peregrinos que acuden, hay un muchacho polvoriento y cansado que debe haber venido de lejos. Se prosterna ante el monumento de Oishi Kuranosuké, el consejero, y dice en voz alta: *Yo te vi tirado en la puerta de un lupanar de Kioto y no pensé que estabas meditando la venganza de tu señor, y te creí un soldado sin fe y te escupí en la cara. He venido a ofrecerte satisfacción.* Dijo esto y cometió *hara kiri*.

El prior se condolió de su valentía y le dió sepultura en el lugar donde los capitanes reposan.

Este es el final de la historia de los cuarenta y siete hombres leales.

POR

JORGE LUIS BORGES

Ilustración de Parpagnoli



★ Bibliografía ★

RAMON DOLL. — Policía Intelectual—Colección "Cometa" de Tor.

ESTA bien lo de "Policía Intelectual". Una de las tareas de la policía ha sido siempre la de inventar criminales. Otra, la de arrancar confesiones por el uso de métodos tan poco didácticos como son las patadas o la cuidadosa fragmentación del tejido óseo. Con estos sistemas escasamente gloriosos, la citada institución busca establecer no la verdad, sino una saludable atmósfera de terror.

El señor Doll lleva más allá el símil en materia intelectual. Se propone, a semejanza de la policía con sus pistolas, gases lacrimógenos, camiones blindados, etc., "poner un poco de orden en la producción intelectual argentina" (pág. 5) con sus críticas.

Este título un poco excesivo que da a sus escritos, lo corrige casi en seguida con este admirable párrafo: "Hay una labor previa impostergable, indispensable, y es de índole ciertamente policial: imponer silencio, radiar a los improvisadores y charlatanes, hacer respetar los turnos, mantener el orden".

Sus escritos están encuadrados dentro del tipo de las [illegible]. De la misma un tanto basta pero no exenta de eficacia para ciertos públicos [illegible] conque los [illegible] de película yanqui abruman a los [illegible], así Doll argumenta con un estilo donde no se respetan turnos ni se mantiene el orden; con un estilo lleno de baches y tropiezos, donde el previo espíritu condenatorio está saliéndose de madre.

Doll se cree más o menos el inventor de la pólvora. Antes de su radiante aparición la crítica no existía entre nosotros. Veamos, contado por él mismo, este curioso acontecimiento en la pág. 10: "Yo llegué en ese momento y con aire campechano les dije: ¡Qué va a ser Rimbaud! ¿No ven que es un loco lindo? Y a la verdad, esas cosas son las que no se perdona na un crítico..." La persona campechana está aquí, sin duda, presente. El crítico se ve menos. Porque por más "campechano" que uno sea no basta en materia estética para destruirlo a Doll, por ejemplo, declarar que "Qué va a ser de Quincey. Si es un loco gordo y feo". Por más que esta frase ,tan ingloriosa, tan descuidada y grosera como la anterior, sea decorada con adecuados puntos de admiración e interrogación. En cuanto a que "esas cosas no se perdonen a un crítico", yo no soy tan optimista como Doll. Más bien, entre gente discretamente inteligente han de pasar desapercibidas.

Ramón Doll es un ingenuo a pesar de todo. El sentimiento del ridículo le es ajeno. El de la medida también. Se gasta en afirmaciones rotundas. En añiñadas suficiencias. No relee lo que escribe. Veamos sino este gracioso párrafo (se refiere a los escritores locales que piden la revolución social): "Desde su pisito, su remonona garconniére, él entreabre cautelosamente la persiana y espera con impaciencia que diez o quince mil imbéciles sean ametrallados en la calle por la burguesía; al día siguiente él escribirá su artículo o, si es poeta o poetisa, "lanzará su clarinada rebelde" elucubrada en la tibia blandicia de la alcoba". Hay aquí, desde luego, una posición frente a algo. Pero para hacerla evidente ¿hacían falta remononas garconniéres, persianas abiertas con cautela y tibias "blandicias' 'de alcoba? Más bien debieron ser evitadas las "remononas" tentativas de ironizar, las suaves "blandicias" de la prosa incontrolada del autor, que olvidó, desgraciadamente, toda la cautela que reprocha al increíble escritor o escritora a que alude.

En la página 40, al referirse a las conquistas sociales, cae en un sentimentalismo de mal gusto. En la página 36 muestra la más supina ignorancia de la filosofía aristotélica y tomista. En la página siguiente su error es inverso: se equivoca con respecto a la doctrina marxista. En la pág. 56 renuncia generosamente, olvidando su popel policíaco, a hacerle "críticas meramente historiográficas" a Aníbal Ponce, aunque de paso le hace olvidar que olvidó "que Sarmiento estudió también en Córdoba", sugiriendo que su erudición queda en reserva y es mucha. Aunque bien tenía espacio, desde las páginas 53 a 71, para concretar su crítica, en vez de dirigir veladas e incumplidas amenazas a su enjuiciado de turno, amenazas que prueban tan sólo el excesivo aprovechamiento que Doll hace de un dato histórico sin mayor trascendencia.

"Policía Intelectual", en definitiva, es un libro bamboleante, inepto, incapaz para la convicción, ajeno a toda belleza literaria. Demuestra en su autor no sólo la ausencia más completa de sentido crítico (a pesar de los aciertos parciales y descuidados de las páginas 116, 82, 78, 79) sino su situación de aprendiz de las letras, de persona aun en materiashrdleta et na aun escolar en materia de expresión ,escrita. Sea dicho esto pasando por alto las groserías manifiestas y otros excesos cuya inclusión en un libro no puede justificarse en quien busca "mantener el orden". Y citemos para finalizar la única frase indiscutiblemente acertada de este casi libro: "A mi generación le han faltado críticos. (Página 120).

U. P. de M.

★

NORAH LANGE.—45 días y treinta marineros.— Buenos Aires.

ESTA segunda, esta cronológicamente segunda novela de Norah Lange, marca un fuerte adelanto. La primera era una novela por cortesía, por imposibilidad total de clasificarla en algún otro género; ésta realmente lo es, en una mayoría de sus páginas. Ello en parte se debe a que fué trabajada sobre recuerdos, en tanto que Voz de la vida lo fué sobre meros estados sentimentales, cuando no sobre azares y costumbres de la jerigonza ultraísta. Otra cosa es la novela imaginativa, la de invenciones: éstas bien pueden ser más vívidas que el recuerdo, del que no son esencialmente distintas. Invención es el reverente nombre que damos a un feliz trabajo combinatorio de los recuerdos. Toda novela (para el escritor y para el Angel de su Guarda) es autobiográfica; la de Stevenson no menos que la de Proust.

El problema central de la novela es la causalidad. Si faltan pormenores circunstanciales, todo parece irreal; si abundan (como en las novelas de Bove, o en el Huckleberry Finn de Mark Twain) recelamos de esa documentada verdad y de sus detalles fehacientes. La solución es ésta: Inventar pormenores tan verosímiles que parezcan inevitables, o tan dramáticos que el lector los prefiera a la discusión. Norah Lange abunda en el primero de esos procedimientos; alguna vez (por ejemplo, en el capítulo veintidós) en el segundo.

He destacado ese capítulo XXII, acaso el más memorable de todos (pero eso el tiempo lo dirá y el recuerdo). En él, un capitán noruego — un personaje que no es presentado como un canalla, lo cual anularía todo el efecto, sino como un desesperado — miente que acaba de morir un hijito suyo, para despertar la ternura de una mujer y aun para conseguir que ella se le entregue, en inverosímil y monstruosa compensación, o en una confusión de su lástima. Le muestra su fotografía y le dice: "No debían dar esas noticias cuando uno está solo y alejado. A veces creo que debe ser un sueño, o efectos del alcohol". El hombre, como se ve, acude a la irrealidad y a la maravilla para dar impresión de realidad... La mujer, desesperada también sospecha un fraude y no se avergüenza de la sospecha, aun más horrible que el ardid.

El capítulo treinta y uno no es menos fuerte. Un rasgo psicológico hay en él, de no frecuente observación en la literatura: una resolución, la lúcida elección de una conducta, en vista del futuro recuerdo y de su decoro. "Reconoce que sólo al irse voluntariamente, podrá recuperarlos para una recordación futura y dichosa, vacía de esos arrepentimientos que surgen de la larga adaptación a un mismo hecho, y que no debe prolongarse nunca, ni un minuto más, desde que la felicidad no asciende, rítmicamente".

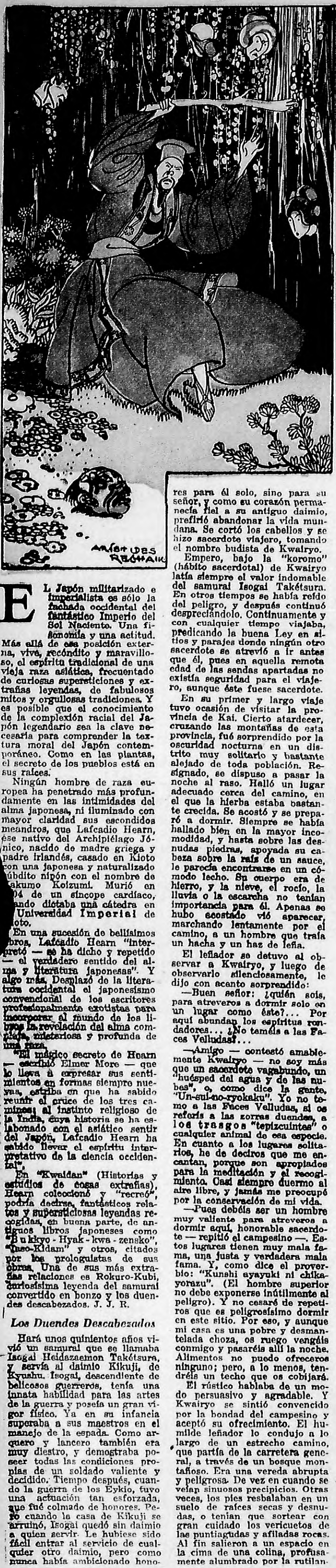
Un reparo final. Los primeros capítulos se resienten de ciertas vanidades o afectaciones, que más bien son torpezas. Así, en la sola página diez, el capitán, "ya no tan inédito para su retina, ofrece los contornos usuales de todos los hombres noruegos que llegan a los cuarenta y cinco años" y los compañeros de mesa son "los cinco hombres que todos los días la rodearán en ese horario nutritivo". Nos comunica luego que "no la conducen a hondas reflexiones indagatorias de belleza masculina y ninguno ofrece un exterior perdurable para el recuerdo", si bien es cierto que "mientras permanecen dentro de sus uniformes, otorgan la sensación de que están bien situados".

Vuelvo a jurar que ese balbuciente dialecto se limita a infamar las primeras páginas del volumen.

J. L. B.

La Leyenda de los Duendes Descabezados

Ilustraciones de Rechain



LA cabeza fué llevada al tribunal. Pero el cuello no presentaba señal de haber sido cortado por arma alguna. Por el contrario, la línea de separación era suave y lisa... Alrededor de este misterio alucinante, con mano maestra, Leandro Hearn nos relata la vida de un sacerdote y guerrero japonés que vivió hace cinco siglos. Lo real se mezcla aquí con esa fantasía tan característica de los pueblos orientales.

EL Japón militarizado e imperialista es sólo la fachada occidental del fantástico Imperio del Sol Naciente. Una fisonomía y una actitud. Más allá de esa posición externa, vive, recóndito y maravilloso, el espíritu tradicional de una vieja raza asiática, frecuentado de curiosas supersticiones y extrañas leyendas, de fabulosos mitos y orgullosas tradiciones. Y es posible que el conocimiento de la complexión racial del Japón legendario sea la clave necesaria para comprender la textura moral del Japón contemporáneo. Como en las plantas, el secreto de los pueblos está en sus raíces.

Ningún hombre de raza europea ha penetrado más profundamente en las intimidades del alma japonesa, ni iluminado con mayor claridad sus escondidos meandros, que Lafcadio Hearn, ése nativo del Archipiélago Jónico, nacido de madre griega y padre irlandés, casado en Kioto con una japonesa y naturalizado úbdito nipón con el nombre de akumo Koizumi. Murió en 04 de un síncope cardíaco, ando dictaba una cátedra en Universidad Imperial de oto.

En una sucesión de bellísimos ibros, Lafcadio Hearn "interpretó — se ha dicho y repetido — el verdadero sentido del alma y literatura japonesas". Y algo más. Desplazó de la literatura occidental el japonesismo convencional de los escritores profesionalmente exotistas para incorporar al mundo de los libros la revelación del alma compleja, misteriosa y profunda de una raza.

"El mágico secreto de Hearn — escribió Elmer More — que lo lleva a expresar sus sentimientos en formas siempre nuevas, estriba en que ha sabido reunir el cruce de los tres caminos: al instinto religioso de la India, cuya historia se ha eslabonado con el asiático sentir del Japón, Lafcadio Hearn ha sabido llevar el espíritu interpretativo de la ciencia occidental".

En "Kwaidan" (Historias y estudios de cosas extrañas), Hearn coleccionó y "recreó", podría decirse, fantásticos relatos y supersticiosas leyendas recogidas, en buena parte, de antiguos libros japoneses como "Bukkyo-Hyak-kwa-zensko", "Yaso-Kidam" y otros, citados por los prologuistas de sus obras. Una de sus más extrañas relaciones es Rokuro-Kubi, curiosísima leyenda del samurai convertido en bonzo y los duendes descabezados. J. J. R.

Los Duendes Descabezados

Hará unos quinientos años vivió un samurai que se llamaba Isogai Heidazaemon Takétsura, y servía al daimio Kikuji, de Kyushu. Isogai, descendiente de belicosos guerreros, tenía una innata habilidad para las artes de la guerra y poseía un gran vigor físico. Ya en su infancia superaba a sus maestros en el manejo de la espada. Como arquero y lancero también era muy diestro, y demostraba poseer todas las condiciones propias de un soldado valiente y decidido. Tiempo después, cuando la guerra de los Eykio, tuvo una actuación tan esforzada, que fué colmado de honores. Pero cuando la casa de Kikuji se arruinó, Isogai quedó sin daimio a quien servir. Le hubiese sido fácil entrar al servicio de cualquier otro daimio, pero como nunca había ambicionado honores para él solo, sino para su señor, y como su corazón permanecía fiel a su antiguo daimio, prefirió abandonar la vida mundana. Se cortó los cabellos y se hizo sacerdote viajero, tomando el nombre budista de Kwairyo.

Empero, bajo la "koromo" (hábito sacerdotal) de Kwairyo latía siempre el valor indomable del samurai Isogai Takétsura. En otros tiempos se había reído del peligro, y después continuó despreciándolo. Continuamente y con cualquier tiempo viajaba, predicando la buena Ley en sitios y parajes donde ningún otro sacerdote se atrevió a ir antes que él, pues en aquella remota edad de las sendas apartadas no existía seguridad para el viajero, aunque éste fuese sacerdote.

En su primer y largo viaje tuvo ocasión de visitar la provincia de Kai. Cierto atardecer, cruzando las montañas de esta provincia, fué sorprendido por la oscuridad nocturna en un distrito muy solitario y bastante alejado de toda población. Resignado, se dispuso a pasar la noche al raso. Halló un lugar adecuado cerca del camino, en el que la hierba estaba bastante crecida. Se acostó y se preparó a dormir. Siempre se había hallado bien en la mayor incomodidad, y hasta sobre las desnudas piedras, apoyada su cabeza sobre la raíz de un sauce, le parecía encontrarse en un cómodo lecho. Su cuerpo era de hierro, y la nieve, el rocío, la lluvia o la escarcha no tenían importancia para él. Apenas se hubo acostado vió aparecer, marchando lentamente por el camino, a un hombre que traía un hacha y un haz de leña.

El leñador se detuvo al observar a Kwairyo, y luego de observarlo silenciosamente, le dijo con acento sorprendido:

—Buen señor: ¿quién sois, para atreveros a dormir solo en un lugar como éste?... Por aquí abundan los espíritus rondadores... ¿No teméis a las Faces Velludas?...

—Amigo — contestó amablemente Kwairyo — no soy más que un sacerdote vagabundo, un "huésped del agua y de las nubes", o, como dice la gente, "Un-sui-no-ryokaku". Yo no temo a las Faces Velludas, si os referís a las zorras duendes, a los trasgos "tepizcuintes" o cualquier animal de esa especie. En cuanto a los lugares solitarios, he de deciros que me encantan, porque son apropiados para la meditación y el recogimiento. Casi siempre duermo al aire libre, y jamás me preocupé por la conservación de mi vida.

—Pues debéis ser un hombre muy valiente para atreveros a dormir aquí, honorable sacerdote — repitió el campesino —. Estos lugares tienen muy mala fama, una justa y verdadera mala fama. Y, como dice el proverbio: "Kunshi ayayuki ni chikayorazu". (El hombre superior no debe exponerse inútilmente al peligro). Y no cesaré de repetiros que es peligrosísimo dormir en este sitio. Por eso, y aunque mi casa es una pobre y desmantelada choza, os ruego vengáis conmigo y pasaréis allí la noche. Alimentos no puedo ofreceros ninguno; pero, a lo menos, tendréis un techo que os cobijará.

El rústico hablaba de un modo persuasivo y agradable. Y Kwairyo se sintió convencido por la bondad del campesino y aceptó su ofrecimiento. El humilde leñador lo condujo a lo largo de un estrecho camino, que partía de la carretera general, a través de un bosque montañoso. Era una vereda abrupta y peligrosa. De vez en cuando se veían sinuosos precipicios. Otras veces, los pies resbalaban en un suelo de raíces secas y desnudas, o tenían que sortear con gran cuidado los vericuetos de las puntiagudas y afiladas rocas. Al fin salieron a un espacio en la cima de una colina, profusamente alumbrado por la rutilante claridad de una luna blanquísima y cegadora. Kwairyo divisó delante de él la sombra de la pequeña choza, con una gran iluminación interior. El guía lo condujo a una corriente que, por entre un canalito hecho de bambúes, atravesaba la parte trasera de la cabaña, y ambos se lavaron en ella los pies. Más allá del riachuelo había un jardín y un espeso arbolado de cedros y bambúes, y detrás de los árboles se veía el luciente rielar de una cascada, que se despeñaba desde elevadísima altura, haciendo formidable ruido. Sus aguas, al caer, ondulaban y brillaban a la luz de la luna con los movimientos de un enorme vestido blanco que fuera agitado por las ledas brisas de una noche oriental.

Cuando Kwairyo penetró en la choza, acompañado del leñador, vió cuatro personas, hombres y mujeres, que calentaban sus ateridas manos en el fuego que ardía encima del "ro" (1) de la habitación principal. Al llegar el sacerdote se levantaron, saludándole respetuosamente con una inclinación. Kwairyo se sorprendió que personas tan pobres y que vivían en choza tan miserable, supieran las reglas de urbanidad y de etiqueta de los saludos.

—Esta es buena gente — pensó — y deben haber sido enseñados por personas que estuvieran muy al corriente de asuntos de educación y civilidad.

Volviéndose hacia su huésped, hacia el "aruji", como le llamaban los demás, exclamó:

—Por el agrado de vuestra conversación y por los finos saludos que me han dirigido en vuestra casa, imagino que no siempre fuisteis un leñador... ¿Quizá habréis pertenecido a las más elevadas clases?...

El campesino, sonriendo, contestó:

—Señor, no estáis equivocado. Aunque yo ahora vivo como me véis, en otros tiempos fuí un personaje de alta categoría. Mi historia es la historia de una vida arruinada por mis propias culpas. Estuve al servicio de un Daimio, y mi rango en la casa de aquel príncipe no era despreciable. Pero yo amaba a las mujeres y al vino, y bajo la influencia de esas pasiones, cometí actos malditos. Mi conducta trajo la ruina de nuestra casa y además ocasionó varias muertes. El castigo vino después y durante años permanecí fugitivo e ignorado, vagando por entre los bosques solitarios. Actualmente ruego todos los días para que me sea dado hacer una reparación a tanto mal como causé y el restaurar la casa de mis mayores. Pero temo que jamás llegaré a conseguirlo. Sin embargo, pruebo a vencer el karma de mis errores por medio de un sincero arrepentimiento y ayudando en lo que puedo a los que son desgraciados.

Kwairyo se complació mucho en los buenos propósitos del huésped y le respondió:

—Mi buen amigo: he tenido ocasión de observar que los hombres, por muy propensos que hayan sido en su juventud a cometer errores, cuando llegan a la edad que vos tenéis, fácilmente pueden acostumbrarse a llevar una vida metódica y seria. En los suras divinos se halla escrito: "Aquellos que sean más poderosos en hacer el mal, pueden convertirse en los más poderosos para hacer el bien". Yo no dudo que tenéis corazón bueno y caritativo, y espero que llegarán días más venturosos para los presentes. Esta noche recitaré varios "sutras" en vuestro favor y rogaré para que podáis vencer el Karma de vuestros pasados errores.

El sacerdote dió las buenas noches al "aruji", quien le mostró una pequeña habitación, en la que habían preparado su cama.

Y todos se fueron a dormir, excepto Kwairyo, quien empezó a leer sutras a la luz de un farolillo de papel. Estuvo leyendo hasta cerca de la madrugada. Al terminar sus oraciones abrió la ventana de su reducido departamento y dirigió una última mirada al bello paisaje que rodeaba la casa. La noche era hermosa y tranquila. En el cielo no había una sola nube. La claridad lunar dibujaba en el suelo las negras y agudas siluetas de los árboles y hacía relampaguear las gotas del escarchado rocío que brillaban sobre las flores del jardín. El viento era de una apacibilidad dulcísima. Los chirridos de los insectos formaban un tumultuoso concierto. De la cascada vecina nacían monorrítmicos ecos que parecían más sonoros y profundos al retumbar en el gran misterio de la noche azul...

Kwairyo, al escuchar los alborotados rumores de las aguas despeñadas, sintió una sed apremiante. Y recordando el acueducto de bambúes que estaba en la parte trasera de la casa, imaginó que podía ir a beber sin despertar a sus huéspedes. Con gran sigilo descorrió los biombos que separaban su habitación del departamento principal, y, súbitamente, a la luz de la linterna, ¡vió tendidos en el suelo cinco cuerpos sin cabeza!

Durante unos momentos permaneció aterrado, imaginando un crimen. Pero en seguida observó que no había la menor huella de sangre y que los troncos humanos no tenían la apariencia de haber sido cortados. Entonces pensó:

—Esto debe ser, o una ilusión preparada por los duendes, o que me han introducido en la vivienda de un Rokuro-kubi. En el libro "Soshinski" está escrito que si se halla el cuerpo de un Rokuro-kubi sin cabeza y se cambia el cuerpo en otro lugar, la cabeza jamás podrá volver a unirse con el cuerpo. Dice también que cuando la cabeza vuelve y encuentra en otro sitio a su cuerpo, se golpea tres veces contra el suelo, botando como una pelota, y, desesperada, muere instantáneamente. Ahora bien: si estos son Rokuro-kubi, nada bueno se preparan; por lo tanto, debo seguir las instrucciones del libro.

Tomó por los pies el cuerpo del "aruji", lo llevó a la ventana y lo arrojó por ella. Luego fué hacia la puerta trasera y encontrándola cerrada con barras, supuso que las cabezas habían huído por el tubo de la chimenea, que estaba abierto. Cuidadosamente desatrancó la puerta y se dirigió al jardín, avanzando con precaución hasta la alameda que había más allá. Como llegara a sus oídos un confuso rumor de voces que partía de entre los árboles, encaminóse en esa dirección, escondiendo el cuerpo en las sombras de los cedros, y se ocultó en un lugar de donde podía ver sin ser visto. Entonces vió a las cinco cabezas revoloteando y gritando sin cesar. Estaban comiendo gusanos e insectos que cogían de los árboles o levantaban del suelo. En aquel mismo momento la cabeza del "aruji", cesando de comer, exclamó:

—¡Oh! ¡Qué cuerpo tan mantecoso tiene el sacerdote que llegó anoche a la cabaña! Cuando nos lo hayamos comido, nuestros vientres quedarán repletos... Fuí un tonto al hablarle como lo hice, por que sólo sirvió para que se pusiera a recitar sutras en favor de mi alma... ¡Ja, ja! Como no tenemos poder para tocarlo durante el tiempo que permanezca en oración, es menester esperar que duerma. Pero como ya se acerca la aurora, es posible que se haya entregado al descanso: Uno de vosotros debe acercarse a la choza y ver lo que hace...

Otra cabeza, la de una mujer joven, se levantó inmediatamente y, rauda como un murciélago, voló hacia la casucha. A los pocos segundos regresó, chillando con voz ronca y en tono de desesperada alarma:

—¡El sacerdote vagabundo no está en la casa! ¡Se ha esfumado! Pero lo más terrible es que ha cogido el cuerpo de nuestro "aruji" y lo ha escondido quién sabe dónde!

Al oír esas palabras, la cabeza del "aruji", perfectamente visible a la luz de la luna, cobró un aspecto espantoso; abriéronse sus ojos monstruosamente, erizándose sus cabellos y sus dientes rechinaron con furor. De sus labios se escapó un chillido rabioso, salvaje, feroz. Después, llorando lágrimas de rabia, gritó:

—¡Si mi cuerpo ha sido cambiado de lugar jamás podré reunirme con él! ¡Tengo que morir! ¡Tengo que morir! ¡Y todo por obra de ese sacerdote del demonio! ¡Mas, antes de que yo muera quiero encontrarle para destrozarle a bocados y devorarle! ¡Y allí está!... ¡Detrás de aquel árbol! ¡Escondido detrás del árbol!... ¡Miradle al cobarde mantecoso!

Simultáneamente la cabeza del "aruji" y las otras cuatro, arrojáronse contra Kwairyo. Mas el valiente bonzo habíase preparado para la defensa, arrancando el tronco de un arbolillo que utilizó como una maza para golpear las cabezas que lo atacaban. Las castigaba de modo tan atroz que cuatro de ellas huyeron despavoridas. Sólo la cabeza del "aruji", aunque aporreada una y otra vez con gran furia, continuó saltando desesperadamente para morder a Kwairyo, hasta que consiguió aferrarse con tenacidad a la manga izquierda de su hábito. No se arredró por ello el antiguo samurai. Cogiéndola de los pelos sacudióla repetidas veces; pero la diabólica cabeza no soltó su presa. Golpeada rudamente de nuevo, momentos después dejó escapar un largo gemido y dejó de luchar: había muerto. Sus dientes, empero, continuaron apretando la manga y a pesar de su enorme fuerza Kwairyo no consiguió abrirle las mandíbulas. Con la cabeza colgando de una manga regresó a la cabaña. Allí estaban juntos y en cuclillas los otros cuatro Rokuro-kubis, habiéndose ya unido a sus cuerpos sus cuatro ensangrentadas y magulladas cabezas. Tan pronto como le vieron aparecer, huyeron por la puerta opuesta gritando: —¡El religioso!... ¡El religioso!...

Hacia el Oriente el cielo se iba aclarando; el día apuntaba ya. Por esto, Kwairyo comprendió que el poder de los duendes había desaparecido con la oscuridad. Miró a la cabeza, sucia de tierra, sangre y espuma, y, sonriendo con alegría, se dijo: —¡Vaya un "miyagé"! (1)

Reunió su hatillo y descendiendo pausadamente la montaña continuó su viaje. Así llegó a Suwa, distrito de Shinano, y entró por la calle principal andando con gran majestad, con la cabeza del duende colgada de su manga. Al verla, los chicos prorrumpían en gritos y echaban a correr y las mujeres caían desvanecidas. Hubo grandes tumultos y clamoreos hasta que un "torité" (policía) lo apresó y lo condujo a la cárcel. Suponían que la cabeza era la de algún pobre hombre a quien habría asesinado y que al morir clavaría los dientes con rabia en su manga. Cuando interrogaron a Kwairyo, éste se limitó a sonreír y no dijo nada. Pasó la noche en el calabozo y al día siguiente lo llevaron a la presencia de los magistrados del distrito. Estos le ordenaron que explicara por qué siendo un sacerdote se le había encontrado con la cabeza de un hombre aferrada de aquel modo a una de sus mangas, y por qué, además, había paseado su crimen de un modo tan desvergonzado ante los ojos del pueblo. Kwairyo echóse a reír ruidosamente y respondió: —Señores: yo no sujeté la cabeza a mi manga, sino que fué ella la que se sujetó por su propia voluntad y muy a pesar mío. No he cometido crimen alguno porque ésta no es la cabeza de un hombre sino la cabeza de un duende. Y si causé la muerte del duende no lo hice por derramar sangre sino por salvar mi propia vida.

Explicó después los incidentes de la aventura, riendo desaforadamente cuando explicó el encuentro con las cinco cabezas. Pero los magistrados permanecieron muy graves porque creyeron que tenían ante ellos un astuto criminal y juzgaban que la historia era una burla a su inteligencia y sabiduría. En consecuencia, y sin mayores explicaciones, todos, excepto el más anciano, determinaron ordenar la inmediata ejecución de Kwairyo. El magistrado anciano no había hecho pregunta alguna durante el juicio; pero después que oyó la sentencia de sus colegas se levantó y dijo:

—Permítaseme, antes de fallar, que examine cuidadosamente la cabeza del muerto, pues creo que no se ha llenado esta formalidad. Si el sacerdote no nos ha engañado, la cabeza será testigo de ello. ¡Tráigase aquí la cabeza!...

Y la cabeza, que aun sostenía entre los dientes la manga izquierda del "koromo" que había usado el predicador budista, fué llevada ante los jueces. Miróla y remiróla por todos lados el anciano y en la nuca descubrió infinidad de caracteres rojizos de formas muy extrañas. Llamó la atención a sus compañeros de tribunal sobre este detalle, haciéndoles observar al mismo tiempo que el cuello no presentaba señales de haber sido cortado por ningún arma. Por el contrario, la línea de separación era suave y lisa como la que dejan en el tallo las hojas que se caen al marchitarse...

Entonces, el viejo habló de nuevo:

—Tengo la certeza más absoluta de que el sacerdote ha dicho la verdad. Esta es la cabeza de un Rokuro-Kubi. En el libro de "Nanho-i-butsu-shi" está escrito qne en el cuello de un Rokuro-kubi verdadero se encuentran indefectiblemente ciertos caracteres rojos. Ved aquí esos signos y compruébese si han sido pintados; veréis que son naturales. Además, se sabe que tales duendes vivían desde tiempos muy remotos en las montañas de Kai...

Y volviéndose a Kwairyo, exclamó: —¿Qué clase de sacerdote sois? No es posible que un religioso haya dado muestras de tanto valor. Tenéis el aire, más que de un predicador, de soldado. ¿Habéis pertenecido, tal vez, a las clases samurais?...

—Suponéis bien, señor magistrado —respondió Kwairyo—. Antes de hacerme sacerdote seguí durante muchos años la carrera de las armas, y entonces nunca temí ni a los hombres ni al demonio. Mi nombre era Isogai Takétsura, de Kyushu. Acaso haya alguien aquí que lo recuerde...

Al oír aquel nombre se esparció por toda la sala un murmullo de admiración, pues allí había varias personas que lo recordaban. Y Kwairyo se vió rodeado, no de jueces, sino de amigos deseosos de probarle su gran estimación y su fraternal cariño. Le hicieron altos honores y le escoltaron hasta la casa del Daimio, quien le recibió con gran alegría y dió un banquete para celebrar su llegada. Cuando el valeroso Kwairyo se despidió de sus amigos de Suwa era tan feliz como puede serlo un sacerdote en la transitoria vida de este mundo. Llevóse con él la célebre cabeza, insistiendo de un modo jocoso en que la guardaba

---

(1) *Hogar, cavado generalmente en el piso.*

(1) *Obsequio que un viajero de retorno trae a sus allegados.*

Relato de LAFCADIO HEARN

Notas de JUAN JOSE ROCA

Trópicos

Y LA laguna sonámbula de los patos que, como fantasma, cambia de lugar cuando están a punto de llegar a sus playas de arenas de oro

los gambusinos temerarios que, ante el escalofriante fracaso, enloquecen de terror y luego ambulan por las sierras preguntando, con gritos siniestros, cómo se llaman y de dónde son

y el cerro de las tres tetas, abandonado por los sembradores Cultlalteces, espantados por el macabro relinchar uniforme nocturno de centenares de yeguas, cuyos cadáveres se pudrieron en esas comarcas hace cientos de años

y el negro, renegro, cazador de caimanes que, buceando en lo más profundo de las lagunas, ataca feroz, por sorpresa, a los monstruos y los apuñalea harteramente por el vientre palpitante y desnudo de escamas

y el sapo amarillo, tan grande como una tortuga grande, que sigue, mañosamente, leguas y leguas al hombre o bestia que le hiciera algún daño, hasta matarlo con su lengüeta de fuego

y el monstruo de Gila, enemigo despiadado del sapo amarillo, que también después de muerto sigue matando por centenares a los hombres, con su grasa envenenada, que sirve para preparar los machetes fratricidas

y los ciclones, trenes expresos de la muerte, que corren hasta doscientas millas por minuto, arrancando del mar peces enormes, embarrando, sobre la tierra, las selvas inmensas y asesinando, por millares, a las bestias y a los hombres que, revueltos, huyen bramando enloquecidos

y las lagunas y los ríos enrojecidos, durante meses enteros, por la sangre de cincuenta mil lagartos, arponeados en una sola batida

y "El Panteón", lagarto espectro, de diez varas de largo, que, durante cincuenta años, arrastró a la muerte por los ríos, pasando por las lagunas y hasta por las orillas del mar

y la estrategia de las yeguas paridas, que, formadas en círculo perfecto, protegen, en el interior, a sus potrillos, mientras sus garañones combaten feroces, a coces y mordiscos, contra los pumas atacantes, acosados por el hambre implacable

y la monolítica piedra de "Tetl-Cayolle", que, desde las riberas del mar, anuncia las tempestades a venir, lanzando aullidos que se oyen a más de doscientas leguas a la redonda

y la víbora de cascabel, que arrastra, en vida, la serpentina mortal de su veneno y reparte la vida cuando está muerta, con su carne, reseca y pulverizada, que cura la sífilis y sana la lepra.

y los "cuarterones", abrumados por la batalla bestial que libra, en su carne, la lujuria del negro y la castidad profunda del indio

y los terremotos, que hinchan montes humeantes en las llanuras, arrasan montañas en la tierra, cambian el cauce de los ríos, hierven las aguas del mar y las precipitan, como catapulta, sobre las costas, haciendo sonar, en toda la tierra flagelada, el orfeón horrible de los gritos salvajes de las fieras y el llanto desesperado, como de millares de niños, de los lagartos

y los templetes católicos, ridículamente encaramados sobre las lomas grandiosas de las Pirámides y Palacios Indios por los curas profanadores y envenenadores que usaron los ladrones de la Conquista

y los caminantes, triturados por el sol de fuego del trópico, sobre las sabanas desiertas y en las selvas interminables de palmas y maderas preciosas

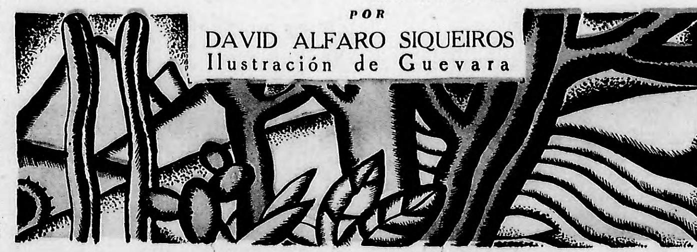
y los incendios de los montes, cuajados de robles, de caobas, bálsamos, anéramos, guayacanes, granadillos, ébanos

y los cielos, tapados de nubes, formadas por aves espléndidas

y las balas fantasmas, que silban, en las noches cerradas, taladrando los cráneos de los parasitarios detentadores de la tierra feroz.

POR DAVID ALFARO SIQUEIROS

Ilustración de Guevara



El Mundo Naciente



LOS hombres primitivos — Sus extrañas chozas — La horda — La ignorancia de la muerte — Los feroces partidos de caza — Los comedores de hombres — El principio de la magia, la filosofía y el arte — Los primeros sepulcros — El aspecto del hombre salvaje.

LAS grandes bestias pasaban, y el hombre permanecía. Sobre el inmenso tapete de la Pampa, el hombre fósil acabó por arraigar, y a finales del período cuaternario, verdaderos núcleos de estable población debieron haberse constituído a lo largo de los ríos y de las grandes lagunas.

Las extrañas chozas semisubterráneas, agujeros excavados en el humus cubiertos con una coraza de gliptodón, eran entonces el embrión de las ciudades que millones de años después se levantarían en América. La caza y la guerra con las hordas vecinas, constituían la preocupación habitual. Los choques eran corrientes, y en torno de los cadáveres de las grandes piezas de caza, los hombres se disputaban su posesión, creando la primera forma de las guerras.

El diario existir tenía ya un ritmo y un sabor. La inteligencia naciente ideaba las armas iniciales; y rudimentarios sentimientos de grupo, de solidaridad ante el peligro y el amor, daban origen a los primeros dramas. El hombre fósil de las pampas, individualista por instinto, tenía que vivir en grupos por necesidad, y este choque de dos opuestas tendencias, determinaba en él el nacimiento de las primeras ideas. La vida existía ya en un sentido humano: el placer y el dolor habían encarnado sobre la tierra. Pero el hombre fósil no conocía la muerte.

★

Un mundo sin muerte

La unidad era la horda. Para el hombre fósil la personalidad no estaba todavía diferenciada. En las partidas de caza, en las largas expediciones que emprendían para procurarse los pedazos de sílex que había que traer de muy lejos, en las inundaciones y las catástrofes, era la horda quien afrontaba los peligros, y victoriosa o fugitiva, las consecuencias eran compartidas por todos en repartida proporción. Si un hombre caía, otro lo reemplazaba, y el grupo seguía adelante. Primero fué la psicología de la multitud; el sentido de la individualidad era algo que nacería mucho más tarde. Así como en un ataque a la bayoneta el soldado corre sin mirar al compañero que cae junto a él, manteniendo viva tan sólo la subjetiva impresión del grupo que avanza; del mismo modo la horda primitiva cruzaba por un mundo hostil, consciente solamente de su fuerza colectiva, y la vida perenne de la horda, perpetuada por la renovación de los individuos, tenía que darle una impresión de indefinida duración. La muerte no existía pues para el hombre de las pampas, y con ella, faltaba en ese mundo naciente el más formidable elemento de civilización: el sentido ritual y decorativo del final de la existencia humana.

★

La antropofagia fué el principio de la civilización

La antropofagia, fué el primer síntoma de civilización en las hordas fósiles. Por absurda que pueda parecer esta afirmación, ella queda abonada por el sentido mágico y ritual de esa siniestra costumbre. ¿Fueron antropófagos los hombres fósiles de las pampas? Aun cuando no existen datos concretos que de un modo definitivo permitan decidirse por la afirmativa, la comparación de sus formas de vida con la de otros pueblos similares del cuaternario europeo, nos llevarían a la conclusión que en un determinado momento de su evolución debieron practicar esa costumbre.

Militan en favor de esta tesis los hallazgos realizados en tres yacimientos del período interglaciar, situados en Kaprina (Croacia). En lugares donde abundaba la ceniza y los rastros de antiquísimas hogueras, fueron encontrados los esqueletos de 21 individuos de distintas edades que evidentemente habían sido devorados por sus propios congéneres. Los huesos estaban calcinados y algunos de ellos, los correspondientes a los miembros superiores e inferiores, aparecían partidos en sentido longitudinal, como suelen presentarse los de algunos animales, con el fin de extraerles la médula. Cerca de Weimar y en el Sur de Francia, encuentros de idéntica naturaleza, permiten creer que la antropofagia fué un hábito extendido entre los individuos fósiles de la época cuaternaria.

Pero sería una profunda equivocación creer que la aparición de la antropofagia significó un aumento de barbarie por parte de las hordas primitivas. Al contrario, la antropofagia, primer rito fúnebre que aparece en los albores de la humanidad, revela dos cosas decisivas para la formación del alma humana: 1o., que los hombres tenían ya un concepto definido de la muerte; y, 2o., que frente a este hecho habían inventado todo un ritual destinado a lograr una relativa inmortalidad con la que debían beneficiarse los desaparecidos.

La religión, el arte, la magia y la filosofía, es decir todas las formas superiores de civilización, han sido, originariamente, una consecuencia de la reacción experimentada por la humanidad, frente al hecho irreparable de la muerte. En todos los pueblos, son los sepulcros los lugares que resumen un grado más alto de decoración y tanto en los hipogeos egipcios, como en las tumbas de los emperadores asiáticos, es donde los pueblos respectivos han dado su más acabado índice de civilización y donde han dejado la huella más profunda de su cultura.

Por la forma de inhumar a sus muertos, es pues fácil reconocer el estado en que se halla la cultura de un pueblo determinado. En la primera época del cuaternario, los hombres fósiles, desprovistos de toda civilización, carecen también de sepulcros. No hay siquiera un lugar determinado, una suerte de osario común, que recoja los restos de los componentes de la tribu. El hombre, simple elemento desgranado del clán, pieza postiza y caediza de la unidad que era la horda, no era levantado del lugar en que le sorprendía la muerte. Su rigidez, su inmovilidad, si alguna impresión causaban en sus semejantes, debían ser confundidas con el sueño. Puesto que la horda vivía, se movía y luchaba, todo seguía igual para los demás, quienes aun no habían descubierto el sentido de la muerte.

★

El primer sepulcro humano

La aparición de la antropofagia, al final de la época cuaternaria, indica una evolución. La antropofagia fué en realidad la primera forma de enterramiento que los hombres practicaron. El primer sepulcro del hombre, fué el hombre mismo. Forma tan terrible y siniestra como se quiera de inhumación, ella fué el primer rito mágico que podemos encontrar asociado a las formas sociales de la muerte. Profunda equivocación sería la de creer que esta espantosa costumbre tuviera un origen puramente utilitario. Si el hombre fósil de ciertas épocas devoraba a los parientes pertenecientes al mismo clán, lo hacía para que aquéllos se sobrevivieran en sus allegados, quienes lo incorporaban así a su propia vida. Si los enemigos muertos en lucha violenta, corrían un destino igual, era porque los guerreros antropófagos creían asimilarse la fuerza, el coraje y las virtudes combativas del difunto. Un principio rudimentariamente espiritualista, se abría paso a través de esta terrible forma de honores fúnebres, y no puede dudarse de que la antropofagia, practicada con criterio ritual, es la primera costumbre que, por inaudita paradoja, nos anuncia que la humanidad ha pensado por primera vez en un modo de vida espiritual que se prolongaría más allá de la tumba.

★

El esquema del hombre

Los finos antílopes que cruzaban la llanura en una perpetua huída temerosa, y los pesados gliptodontes que oteaban la lejanía moviendo pausadamente, de un lado a otro, la menuda cabeza que asomaba bajo la enorme caparazón, debieron conocer aquella temible silueta entrevista entre dos luces. Al caer de la tarde salía el cazador. Entre las altas hierbas, que oportunamente lo ocultaban de la vista de la presa, reflejándose sobre el fondo acuoso de los bebederos, su silueta se perfiló más de una vez poniendo en fuga la caza. El hombre fósil tenía una figura robusta y achaparrada, tosco modelo que conservaba cierta plástica afinidad con los propios monstruos que se movían en su contorno geográfico. Su altura media era de 1.60 metros. Sobre las piernas fuertes y pesadamente contorneadas, se asentaba un tronco corto y cubierto de ruda pelambre, un tanto inclinado hacia adelante. Su actitud era erguida, pero la frecuencia con que se agachaba, usando sus manos para ayudarse a trepar las cuestas, o para correr entre los altos pastos de la pradera, perpetuaban en él una fuerte reminiscencia de servidumbre animal. Sus piernas un tanto arqueadas a la altura de la rodilla y curvadas en la cadera, contribuían para acentuar ese carácter bestial; reafirmado por el perfil fugitivo de su deprimida frente. Su cabeza era grande y apoyada sobre un cuello corto y musculado. El cráneo de paredes gruesas se prolongaba en un occipucio muy alargado. Su rostro sombreado por el enorme desarrollo de los arcos superciliares tenía un verdadero aspecto salvaje, subrayado por las anchas aberturas nasales, un maxilar superior desarrollado en forma de hocico, y una robusta mandíbula, carente de mentón, cuyo desarrollo, millones de años después señalaría el paulatino refinamiento de la especie humana. Tal era el ser contemporáneo del mastodonte, primera criatura capaz de marchar en posición vertical, que un día se extinguió después de realizar sobre la soledad de la pampa el primer esquema del hombre.

PROFESOR SERGIO ARANDA

ILUSTRACION DE PREMIANI

Museo de la Confusión

POR

Anímula Vágula

EN la dominguera edición de un nitrogenado organismo matutino me llamó la atención un extenso artículo titulado "El poeta en tres tiempos", del cual se responsabilizaba el señor Octavio Ramírez. El poeta atmosférico con variaciones al cual se aludía en el título no era otro que Federico García Lorca. El reputado crítico dice en uno de sus arranques, teniendo por excusa un verso del poeta:

Y "La casada infiel", el cuadro más fuerte, más gráfico, que he leído desde hace mucho tiempo, donde la belleza original de la expresión se alía a la rempagueante imagen visual, como cuando dice, en la sugestión más expresiva de la noche desierta, saliendo de la aldea al seno de la naturaleza:

Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos

Ante todo consideró como una gentileza este pequeño paseo con que el señor Ramírez ha obsequiado al poeta, pues dudo que García Lorca se haya tomado el trabajo de salir de su aldea en plena noche para fabricarnos estos dos imágenes y menos aún para introducirse en un marco. Acepto la visualidad de la imagen de los faroles apagados, no así la que se refiere a los grillos incandescentes y ruidosos, de cuya presencia ha sabido informarme a veces mi sentido auditivo sin necesidad de dotar a mis oídos de monóculos u otros implementos privativos del ojo de vidrio. Continúa la exposición de imágenes por intermedio del crítico:

O esta otra, imagen insuperable de la pobreza limpia, de la aldeana robusta y fresca:

El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos

Ignoro si los gitanos tienen por costumbre cortar la seda con cuchillos y servirla con tenedor, pero lo que sí sé es que los pocos madrepatrienses que yo he observado dedicarse a estas actividades en determinadas tiendas y lencerías optaban más bien por un instrumento conocido con el nombre de tijera, evitando en lo posible el facón y la cimitarra. Lo que en realidad merece señalarse, es la finura del oído del poeta, al poder determinar el número exacto de cuchillos que debían haber rasgado la pieza de seda para que el ruido correspondiese al de la enagua. El poeta no titubeó. Ni siete, ni nueve, ni once. Diez clavados. Entusiasmos seguramente de la gitanería por el sistema métrico decimal. Continúa Ramírez:

Y esta síntesis tan gráfica y tan gitana:

Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.

Yo no me la hubiera llevado del río en esas condiciones. Ya que estaba en el río, hubiera aprovechado la ocasión para aligerarla de impurezas y materias extrañas. Lo que no comprendo es cómo el crítico se llega a entusiasmar con las aberraciones del poeta y todavía lo anima para que continúe cometiendo las pavadas de ensuciar las cosas en el agua y de higienizarse con tinta china. Ramírez explica enseguida lo que son los versos de García Lorca:

Más que la raza presente y actual, sus versos son las huellas ancestrales que lleva marcadas la raza. Por ejemplo, esta sencilla manera de expresar su andar trajinante, su cansancio de siglos:

Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.

Es sensible, realmente lo que les pasa a estos globe-trotter, a los que ni el derecho les ha quedado de poder exhibir lunares, pecas o manchas hereditarias, que deben trocar inmediatamente por metáforas, himnos y sonetos del honorario gitanillo. En cuanto a las permutaciones que el poeta está dispuesto a efectuar, las creo poco convenientes para el rentista o el casero que se arriesgue en el negocio, salvo que el mentado equino resulte ser Cote d'Or, el caballo de Troya o el becerro de oro. No creo tampoco que el guarecido se encuentre después del cambio en una situación muy cómoda dentro de la casa, teniendo por único moblaje un espejo para sentarse y una manta para pelar la fruta. A mi parecer estas ideas raras le han entrado al caminante por influencia perniciosa del tango que también gusta de estos cambios con aquello de: a la cuarta saco mi manta, a la quinta tomo tu tinta, etc.

★

En un diario de la tarde del 15 de noviembre y bajo la prestigiosa firma de Madame Dolly, hallé lo siguiente:

TRES SON LOS CAUDALES

Tres son los caudales en cuya conquista debe empeñarse todo hombre de bien.

El caudal moral — que es conciencia de su dignidad, triunfo de las virtudes elementales y simples, sobre el desenfreno de las pasiones mezquinas y los bajos apetitos.

El caudal material — que puede ser la propiedad territorial, el fruto de economías o cualquier habilidad ,profesión u oficio honesto — que le permita ganarse el pan cotidiano sin recurrir a expedientes turbios.

El caudal del amor — que consiste en un corazón femenino que responda a su llamado y sepa ser oportunamente: madre, hermana, novia, amante, esposa y amiga —. Los hijos enriquecerán este caudal.

Estoy de acuerdo con Madame en que debe evitarse el desenfreno de las pasiones mezquinas, y de los bajos apetitos que nos obligarían a alimentarnos exclusivamente de pastos, almega, relieves submarinos, pezuñas y tortugas de aljibe. Lo que me parece que está mal es eso de que la esposa se nos transforme en amante, la novia en una simple amiga y la madre superiora en una hermana Karamazoff. No acepto tampoco la superproducción de bichos de incesto sacrilegios, adulteraciones y naturalismos a que daría lugar el caudaloso enriquecimiento.

★

La sociedad Copelli y Marroni es culpable de un interesante poema titulado Aletea con mis Rimas. Transcribo una parte:

Brillan tus ojos en mi luz perenne,
que es mágico mi Sol...
... y empápate en mi lira de lágrimas sedantes...
... y aprende como yo, ser aurenáuta
de las ninfas azules que viven en mi barca
y tañen celestes en la loca armonía
el beso de mi flauta!...

He intentado efectuar los diferentes ejercicios recomendados por el músico, pero desgraciadamente no he tenido éxito ni en el baño de lluvia que me dispuse a tomar debajo de una lira, ni con las ninfas azules que se negaron repetidas veces a pernoctar en mi piragua. Con seguridad las asustó la perspectiva de tener que aguantar los besos de la flauta, las caricias de la ocarina, los arrobamientos del sonajero y las húmedas adyacencias de los instrumentos de cuerda.

Otro poema Foco Místico, perteneciente a la misma Compañía, termina así:

Si tú ves a mi rostro de mirlo enfermo,
y oyes de mi garganta sonora las melodías,
y entiendes de mi Ensueño, llora, mujer,
mujer de mi elegía,
que gozarás de albor gustando mi delirio
y en tus noches de insomnio tendrás mi noble abrigo!

Abrigo ciertas dudas sobre los resultados de este método para contrarrestar el insomnio. A mi parecer, el poeta confunde la baja temperatura con la ausencia de sueño, y de ahí que pretenda hacer dormir a esa pobre mujer desvelada cubriéndola con una robe de chambre, superponiendo luego un manto de armiño, un sobretodo Raglan, un poncho calamaco y una bufanda mientras la asfixiada no deja de contemplar su cara de mirlo enfermo, y escucha llorosa las gárgaras melódicas.

Los que Escriben para CRITICA Revista Multicolor

Francisco Espínola, novelista autor de "Raza Ciega", alterna su vida entre la campaña uruguaya, donde su familia posee una finca, y Montevideo. Su especialidad es la narrativa criolla.

David Alfaro Siqueiros actuó en la revolución mejicana durante largos años. Viajó por Rusia y Estados Unidos. Fundador con Diego Rivera de la escuela monumentalista de Los Angeles, en California.

SAGITARIO, es el pseudónimo de un astrónomo peruano radicado entre nosotros hace muchos años.

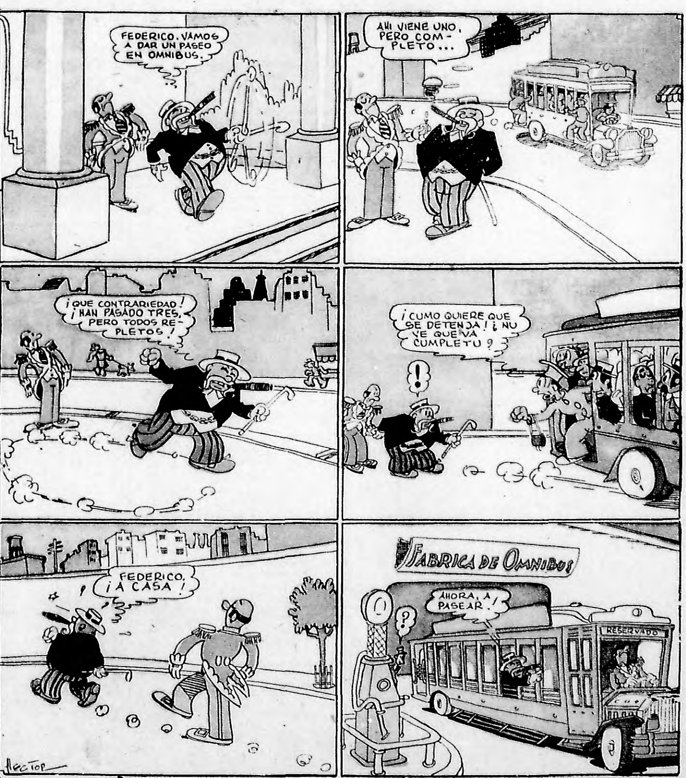
Jorge Luis Borges nació en 1899. Sus últimos libros son "Evaristo Carriego", "Discusión" y "Los Kennigar". Es porteño. Realizó sus estudios en Europa.

Ulyses Petit de Murat es autor de "Conmemoraciones" y "Rostros". Nació en Buenos Aires, en 1907.

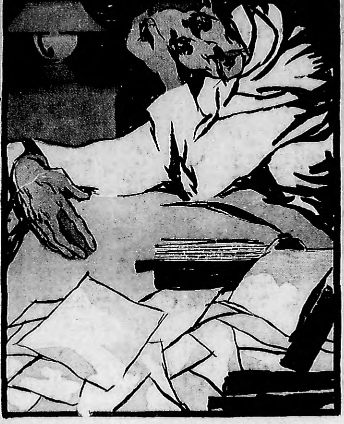
Demetrio Zadan vivió en Rusia en la época de la Revolución. Fué testigo de los últimos pogroms.

El Nuevo Rico

por H. Rodríguez



La Muerte de Proust



En junio de 1905 Proust dice, al comienzo de una carta dirigida a Robert Dreyfus: "Debe parecerte que mi fatiga en los ojos, pulmones, etc., no alcanza a justificar mi silencio. En efecto, pero te diré en dos palabras hasta qué extremo estoy destrozado..."

Ese año abandona el No. 9 del boulevard Malesherbes, donde había nacido, para sepultarse en la permanente noche de su departamento del boulevard Haussman.

Su madre acaba de morir. Su madre, a la que aún aludía diez años después, con estas transidas palabras:

—Venga. Le mostraré el retrato de mamá...

Desde ese momento, estará solo hasta la muerte. La enfermedad a que alude, un asma pulmonar, lo aflige desde la infancia. Su enfermedad ha hecho sucesivamente de él la criatura que mira con ojos tristes y reflexivos los juegos de los otros niños, en los Campos Elíseos, el alumno pálido y lento del Liceo Condorcet, el joven pulcro y vacilante (a ratos también irónico y brillante) que hace espaciadas apariciones en lo de Montesquiou-Facenzac, Noailles, Caraman-Chimay y, finalmente, el hombre de sensibilidad atroz, de nervios a flor de piel, bloqueado en los cuartos de sus tres últimos retiros: boulevard Hausman, número 8 bis de la calle Laurent-Pichat y 44 de la calle Hamelin.

Ya no se levanta casi nunca. Cuando lo hace es a horas inverosímiles. Vive en un cuarto acolchadó. No obstante, sufre, se estremece, al oir que han cerrado una puerta dos pisos más allá.

Teme a las emanaciones de los jardines. Le horrorizan los perfumes. Una persona está de visita y de repente llama a Celeste, su fiel criada:

—Celeste, le ruego: llévese el pañuelo perfumado del señor.

Explica a su huésped:

—La otra vez que me vino a visitar dejó un perfume penetrante en ese sillón. Tuve que hacerlo sacar. Sufrí una crisis de cuarenta y ocho horas.

La misma persona le habla de las reuniones que da una demi-mondaine. Proust, ansioso de documentarse, pide ir. El departamento está lleno de flores. Proust no parece notarlo. Pero, a raíz de esta salida, cae en cama por tres semanas.

"La vecindad del Bosque — escribe a Robert de Flers, cuando se ha visto obligado a mudarse a la calle Laurent-Pichat — agrega a mis crisis de asma sufrimientos muy serios". (junio de 1919). Y en una carta dirigida a Dreyfus el 24 de julio de 1919: "¿Podrías decirme (aunque, como es natural, no siendo sensible a ello debes saberlo menos, habiendo prestado menos atención), si aun a dosis infinitesimales el humo del ferrocarril puede impregnar el aire que se respira en esa parte del boulevard



Malesherbes? Y más adelante: "Hubiera preferido un departamento más alto, para dominar más aún el ruido del tranvía, y sobre todo el polvo, y no tener a nadies arriba de mi cabeza. No tengo, por otra parte, ninguna idea acerca de lo que puede ser el departamento, ya que no estoy en estado de poderlo visitar. Espero que sus muros son espesos, que la casa no es húmeda, que no hay demasiados pianistas en ella y que no están en vísperas de emprender trabajos en ese inmueble. Quizás, viviendo al lado has oído decir: es húmedo. O: van a hacer perforaciones para instalar calefacción central. O: el gerente es un hombre terrible. Quizás no has oído decir nada en absoluto".

No tolera la calefacción. Como el frío también le hace sufrir, se pone abajo de la camisa trozos de franela, guantes en las manos y se cubre los pies y piernas con largas medias tejidas, aun cuando permanece encerrado.

Ya no vive sino para su obra. Entrar a su cuarto sofoca. No se abre nunca, no permite nunca que lo arreglen sino muy por encima, y para colmo los aparatos fumigadores no cesan de accionar.

En ese cuarto, en medio de una atmósfera fantasmal, librado solamente a su prodigiosa memoria, escribe los dieciséis tomos de su obra "A la Recherche du Temps Perdu". Va recobrando lenta y pacientemente el tiempo desperdiciado en salones frívolos, las conversaciones inacabables con sirvientes y señores de un medio aristocrático y singularmente podrido. Escribe en la cama, en una posición incómoda, bajo el círculo de luz espectral que dibuja su rostro pálido, de bigotes mal recortados, nariz perfilada, como la que dibuja la muerte a los agonizantes que van cayendo en el coma, después de haber sufrido mucho.

Así es como puede aparecerle a Paul Morand como una "sombra nacida de la humareda de las fumigaciones", con el rostro y la voz roídas por el desgaste de la noche".

El martirio es largo. Proust tiene presente siempre en su pensamiento, en los últimos tiempos, la idea de la muerte. No la teme, pero la idea de dejar su obra inconclusa lo trastorna. Es por eso que escribe cartas desesperadas. No quiere que lo juzguen por uno ni por cuatro tomos de su obra. Anuncia que nada quedará trunco, que nada ha sido puesto en vano. "Por el Camino de Swan" y "A la Sombra de las Muchachas en Flor" no son novelas que puedan servir de base definitiva para que juzguen su obra de escritor, sino la apertura de un ciclo que no se cerrará sino con la publicación de "El Tiempo Recobrado".

El Premio Goncourt le trae algún anticipo de gloria, alguna seguridad. No sabe qué hacer con las 870 cartas de felicitación que recibe de todas partes del mundo. Está casi delirante de gratitud y en muy pocas noches gasta más dinero que el que importa el premio. Pero la sombra a cuyo dominio se había anticipado no admite nuevas postergaciones. El 2 de octubre de 1920 Robert Dreyfus recibe una carta en que dice:

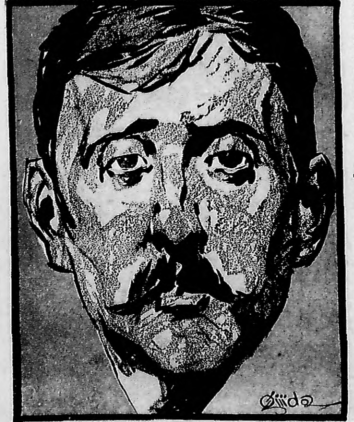
"Querido Roberto:

No te escribo más que unas palabras porque estoy destrozado. Habiendo salido en plena otitis, para tratar de otorgar un premio a un escritor muy desdichado, muy meritorio, pues formó parte del jurado, hubiera podido decir como Fedra: "Mis ojos están deslumbrados por el día que vuelvo a ver y mis rodillas temblorosas se escapan bajo mío". Porque poco me faltaba para caer de pronto contra Bergson y de pronto contra Boylesve".

En el verano de 1921 se resfría. No concluye de curarse y se le declara una grippe. Hijo y hermano de médico, rechaza a los médicos. Lo devasta una fiebre continua que, sin embargo, lo torna más lúcido aun. Lee mucho. Se cartea, desde principios de 1922 hasta un mes antes de su muerte, con Benjamín Cremieux, Curtius y otros. Al fin se le declara una penumonía. Rehusa siempre ser examinado por los médicos. Ante la insistencia de algunos amigos, con respecto a ese punto, le sobreviene un ataque nervioso, durante el cual amenaza con tirarse por la ventana. No necesitaba vivir. Evidentemente rechazaba el seguir viviendo. Había cumplido su obra. Pocas horas antes de morir dictó sus impresiones sobre la proximidad de la muerte, destinadas a completar un capítulo de su obra acerca de la muerte del personaje designado con el nombre de Bergotte.

Las dictó de noche. El día no le servía para nada. El 18 de noviembre de 1922, en un cuarto de la calle Hamelin, repleto de sombras de muertos, de recuerdos muertos; flotante y fantasmal en el dominio de una noche perenne, cercado por la definitiva penetración de la sombra, la soledad y el silencio, la muerte fué un mero detalle más.

El rostro de Marcelo, con los ojos sin vida, abiertos contra la noche, tomó bruscamente el borroso y cortés lineamiento de los daguerreotipos que representaban a Ana Weil, su madre.



Ulyses Petit de Murat

Ilustración de Güilla

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim











